

La Ilustración

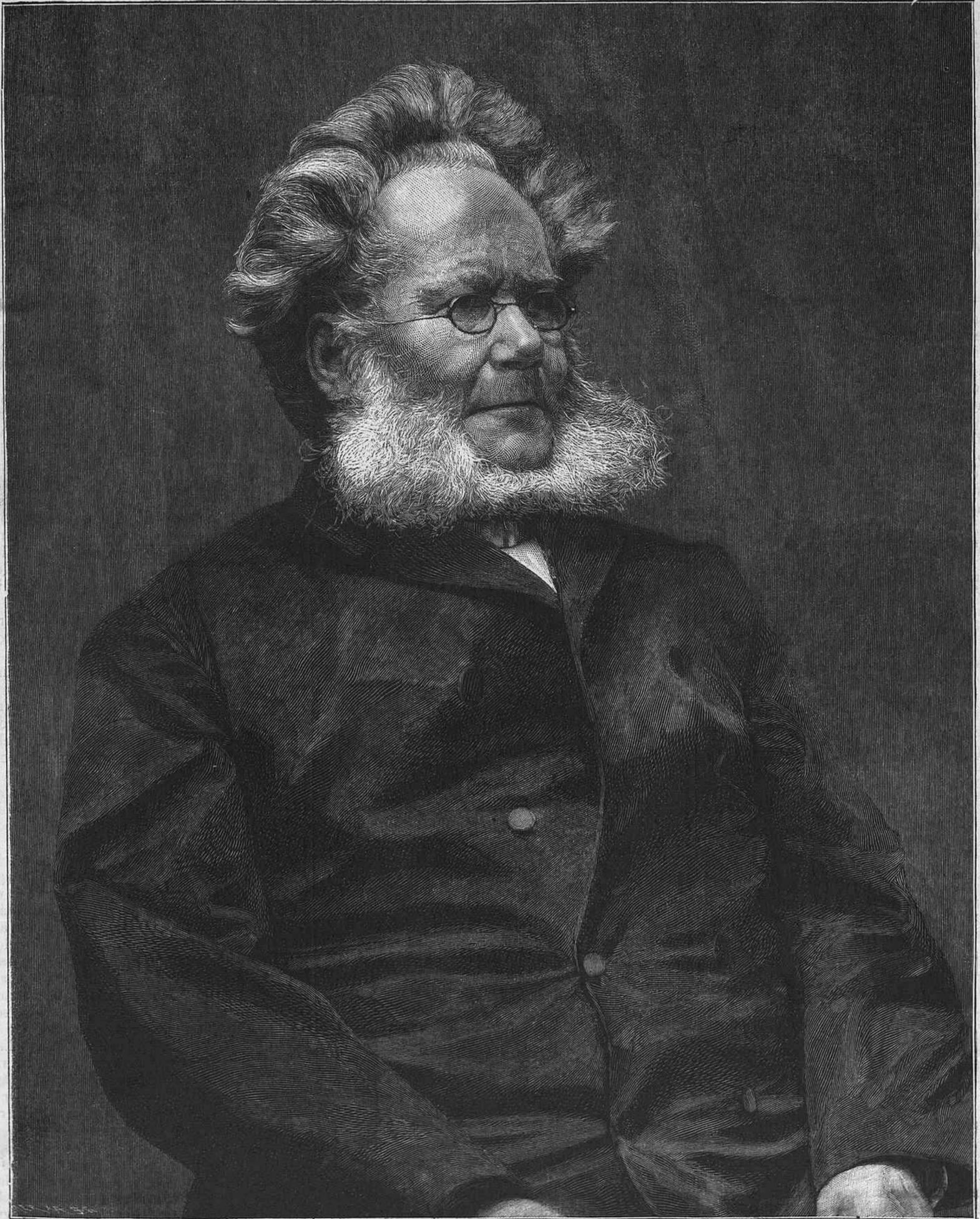


Artística

Año XVII

BARCELONA 11 DE ABRIL DE 1898

Núm. 850



El ilustre dramaturgo noruego Enrique Ibsen, retrato publicado con motivo del septuagésimo aniversario de su natalicio

SUMARIO

Texto. - *Murmuraciones europeas*, por Emilio Castelar. - *Tomás Luceño*, por J. Juan Cadenas. - *El pan nuestro de cada día...*, por Ernesto Kreowski. - *La cruz de San Fernando*, por M. J. Quintana. - *Apunte...*, por J. Grau Delgado. - *Nuestros grabados.* - *Miscelánea.* - *Problema de ajedrez.* - *El sostén de la familia*, novela (continuación). - *Carteles artísticos*, por A. - *Los voluntarios de la Habana*, por X. - *El gas natural.* - Libros recibidos.

Grabados. - *Retrato de Enrique Ibsen.* - *Tomás Luceño.* - Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - *Consulado de los Estados Unidos en la Habana.* - Los acorazados *Oquendo* y *Viscaya.* - Jefes y oficiales del *Viscaya.* - Cañón Hontoria de este acorazado. - *Juego de la barra en Castilla*, dibujo de D. Vierge Urrabieta. - *Vistas de la isla de Tenerife.* - *Carteles artísticos.* - *Una compañía de voluntarios de la Habana.* - *Descubrimiento del gas natural.*

MURMURACIONES EUROPEAS

POR D. EMILIO CASTELAR

Estado de nuestra Europa. - Problema de las alianzas españolas con los gobiernos europeos contra los Estados Unidos. - Dificultades en las alianzas con Francia. - Intervención del Papa. - Deficiencias múltiples de esta intervención. - Acabamiento del problema de los reconcentrados. - Imposibilidad de aceptar el pago de indemnización alguna por la catástrofe fortuita del *Maine*. - España no puede consentir ni por un minuto que se ponga en duda su integridad nacional. - Observaciones. - Conclusión.

Un verdadero embargo intelectual se apodera de los espíritus españoles hoy en el requerimiento y busca de alianzas, dirigidas á sostenernos y auxiliarnos, para conservar nuestro patrimonio nacional frente á frente de los yankees, tan retadores y tan audaces. No discurre sobre política internacional ningún estadista, no escribe ningún periódico, no habla ningún ciudadano, sin lamentarse á la continua, en plañideros conceptos, de nuestra soledad, y sin tratar de persuadir á la opinión hacia un reanudamiento de inteligencias diplomáticas, destinado á conseguirnos un poderoso influjo en el anfictioniano europeo. Y tal embargo se ha extendido en términos que tirios y troyanos se huelgan imputando á los directores de nuestra política una desidia y un descuido respecto al asunto, en los cuales descuido y desidia creen hallar la causa del aislamiento donde nos encontramos durante los actuales dolores, tan penosos y tan terribles. Yo no participo de semejantes aprensiones. Para mí la obra nacional se reducía en estos últimos tiempos á robustecernos y á fortificarnos, primero, por el genio creador de nuestra libertad, y ya libres, por la reconstitución económica dentro de nosotros, que nos granjeara un abundante presupuesto de la paz; pues la reconstitución económica corona es y cúspide y remate y corolario de nuestra reconstitución política. Para esto necesitábamos calcular con acierto nuestro porvenir; divertirnos de las grandezas bélicas tan costosas como vanas; ponernos en la vía de ahorros indispensables á quienes han menester una recuperación de su pasada fortuna; sin esos ejércitos modernos de conquistas, abrumadores al tesoro y al pueblo; sin esos alardeos navales, más ostentosos que útiles; sin esas ambiciones de territorios nuevos, cuando para conservar los antiguos habíamos de recurrir á una libertad muy regulada y regular, á una paz muy firme, á un tesoro muy repleto que hubiese puesto nuestros fondos sobre la par y aumentado nuestro crédito; á una fiel administración, virtuosa y sabia.

En el estado internacional de nuestra Europa se habla mucho de alianzas, y en las alianzas no se hace cosa ninguna de provecho. Yo no conozco pueblo tan decidido por las poderosas amistades europeas como el pueblo italiano. En su afán por figurar entre las grandes potencias, no se contentó sólo con aunar un pacto entre su Estado y los poderosos imperios centrales, Austria y Alemania; recurrió también á Inglaterra. Mas ¿de qué han servido todos estos pactos á la itálica gente? De perdición y de ruina. Metida estuvo Italia en el horno babilónico de Abisinia, y nadie la socorrió. Todo lo contrario y opuesto: la pobre nación rota dió territorios á las naciones ricas, después de haber mondado, como lo mondara, su territorio colonial, y Albión recibió Kasala de Italia. Esto se llama entre nosotros á la mar agua. Pues algo parecido le ha pasado á nuestra heroica y mártir Grecia. Nunca su dinastía se hubiese arrestado á la guerra última con los bárbaros turcos si el rey no creyera encontrar en sus parientes y afines, casi todos soberanos poderosos, auxiliares de su causa y mantenedores de su corona; y llegaron los mongoles bizantinos hasta las raíces del Olimpo y las llanuras de Farsalia y las cercanías del sacro espacio de las Termópilas, sin que uno solo de sus naturales enemigos contrastase á Turquía y los turcos, tan odiosos, antes bien propendiendo á la media luna de Osmán, y á los alfanjes profanadores de

Santa Sofía, y á la Tartaria musulímica, hoy en la ciudad de Constantino acampada, sin que sintieran el culto estético de nuestros padres por Atenas amenazada, ni tratasen de rematar la obra por excelencia del siglo, la integridad de Grecia.

¿Quién puede apeteer alianzas hoy, si observa y estudia el camino tomado por las potencias, cada día más desligadas unas de otras y más reclusas en su soberbio egoísmo? No conozco problema ninguno capaz de reunir todos los votos capitales del anfictioniano europeo como la cuestión cretense, cuyos desarrollos é incidencias perduran lustros de lustros en el corriente siglo. Una grande asamblea diplomática se reunió en Constantinopla; una escuadra colectiva donde cada nación contaba sus correspondientes barcos se presentó en las aguas de Candía; formáronse con destacamentos de todas las naciones compañías apercebidas á meter en cintura los musulmanes y los cristianos, haciéndoles vivir bajo una serena concordia; notas comunes redactadas por todos los poderosos del mundo daban sabios consejos que parecían imperiosos mandatos; ningún medio de influjo perdonó aquel inmenso poderío tan efectivo como incontrastable; y sin embargo, ningún resultado provechoso pudo tocarse, ningún remedio apercebirse, ningún progreso real hacerse, porque descompadraron los compadres, y llamándose amigos ó aliados, no convinieron jamás ni en los afectos de su amistad ni en los términos de su alianza.

Y esta es la hora en que no hay autonomía para Creta; ni puede promulgarse una constitución armónica y congruente con su estado social, ni menos erigirse un supremo imperante á quien todos los cretenses obedezcan. Mientras Rusia y Francia quieren de gobernador cretense al príncipe Jorge, Turquía lo rechaza; y en esta negativa encuentra el apoyo de Alemania, potencia hoy esencialmente turca. Mientras los directores de Inglaterra y los estadistas de Italia trabajan por el rescate de la ciudad de Grecia y por la indispensable libertad de Tesalia, creyendo tener consigo todos los soberanos europeos, el emperador Guillermo separa su buque *Oldemburgo* de las escuadras colectivas, y el emperador Francisco José asegura que si bien permanece todavía la concordia diplomática sobre los asuntos griegos, él está resuelto á separarles un tanto el hombro porque le solicitan atenciones más imperiosas en el hormiguero, un tanto removido, de sus levantiscos dominios. No puestas de acuerdo las potencias cristianas en problema que tantas comunes ideas les inspira y tantos comunes intereses les presenta, ¿sobre qué podrán ponerse de acuerdo? Si no saben optar entre Turquía y Grecia cuando tan clara esta opción aparece á los espíritus más vulgares, ¿acertarán á optar entre los Estados Unidos y el gobierno español, dados los intrincadísimos asuntos de Cuba?

El reinante debate habido en la Cámara francesa respecto del estado de relaciones entre América y España, corrobora esta universal perplejidad europea. Mientras el diputado radical interpelante impelía brioso al gobierno hacia una inteligencia con España, el gobierno, alabándonos mucho, encareciendo con hipérboles el precio de nuestro afecto, mantenía la balanza entre los dos contendientes y no se inclinaba ni á la península ibera del Pirineo, ni al territorio sajón de América. Para el gobierno vecino la mejor política francesa hoy consiste, por un caso de fuerza mayor, en sostener la más estricta neutralidad entre los dos contendientes, al igual amados por Francia, y sin regatearles de modo alguno los prudentes consejos de un íntimo amigo, entregarlos libres y sueltos á la propia suprema resolución de sus litigios. Francia no puede con España enemistarse por la conjunción de sus sendos territorios; por el parentesco estrechísimo entre las respectivas sangres de sus afines pobladores; por el interés de conservar neutral aquella formidable línea de Occidente que puede por horrible modo herirla en sus combates con Oriente; pero tampoco puede olvidar cuál número de lazos apretadísimos la ciñen al mundo sajón de América: la epopeya de la independencia; el ministerio de sus cruzados que desempeñara Lafayette; el arribo de Franklin á Francia trayendo aquí la idea americana, y el arribo de Brissot al Nuevo Mundo llevando allí la idea francesa; los consejos y los principios de Payne animados en la filosofía de los cuáqueros; las bendiciones de Voltaire extendidas sobre la cabeza de Wáshington; esa leyenda moderna de los dos grandes pueblos libres republicanos que uno sus corazones é identifica sus espíritus. Después de tales lirismos, pedidle al gobierno francés alianzas. Así yo puedo explicarme haya surgido fenómeno tan absurdo como la intervención del Papa en los litigios entre América y nuestra patria.

En este momento me sobrecoge tan increíble noticia. ¿Cómo se ha formalizado acto de tanta tras-

cendencia? Lo ignoro. Pero aquellos industriados en estos asuntos me dicen que León XIII comisionó al cardenal Gibbons para que ofreciera su mediación al presidente de la República sajona; y éste, conmovido por tal solicitud, acaba de aceptarla. No me atrevo á creer lo mismo que relato según me lo han relatado á mí en persona; pero sí conozco la decisión de nuestro gobierno y sé á ciencia cierta su resuelto ánimo de aceptar este arbitraje y someterse á sus resoluciones supremas. Desde que conozco tal acuerdo, navego en un oscuro mar de verdaderas confusiones. Yo no creo materia de litigio internacional diplomático la querrela injustificada é injustificable que nos ha presentado, por alarde mero de fuerte y por capricho arbitrario de tirano, el pueblo yankee, poseído y embargado por un verdadero delirio colectivo, de esos que se pagan tarde ó temprano con verdaderas decadencias. Aquí no sucede otra cosa más sino que los Estados Unidos, derogando el principio universal de no intervención, éntranse de hoz y de coz en los privativos asuntos nuestros, queriendo imponernos acuerdos suyos á los cuales no puede suscribir ningún pueblo soberano sin pasar por una deshonra indeleble, á cuyo estigma preferimos todos los españoles, todos, la derrota y la muerte. Si admitimos la intervención directa del Papa, también admitimos la intervención indirecta del presidente; y al admitirlas, nos hallaremos en una dificultad insuperable y sin salida.

De las tres cuestiones litigiosas que la voluntariedad criminal del gobierno yankee nos suscita, ninguna puede resolverse á derechas por la sentencia del Papa. Una cuestión es la triste de los reconcentrados; resuelta ya por las disposiciones recientes del general Blanco, y resuelta según aconsejaban los Estados Unidos, no puede dar margen á ningún género de litigio y no puede poner verdadero término á ninguna fundada diferencia. Desarraigada la causa, el efecto desaparece. Quedaría la cuestión del *Maine*, si los Estados Unidos nos pidieran una indemnización por semejante catástrofe, ajena en todo á nuestra voluntad, voluntad exenta por su inocencia de responsabilidades que sólo podría imputarle la malicia ó la calumnia. Lo hemos anunciado mil veces y lo repetiremos ahora: no podemos oír ni una sola palabra sobre indemnizaciones al pueblo americano por el *Maine*, porque nuestra honra nos veda reconocer el supuesto é hipótesis de tal culpa imposible. Además, el Papa no es quien para entender y decidir sobre materias químicas, navales, técnicas, en que tendría cualquier ingeniero mayor y más legítima competencia. Yo reconozco la sabiduría con que Bismarck y Cánovas de consuno sometieron al gran León XIII el asunto de las Carolinas. El Vaticano encierra la más rica y más autorizada colección de papeles fehacientes en materias tan complicadas como las invenciones náuticas de nuestros descubridores, como la extensión geográfica de nuestros descubrimientos, por no haber uno solo de éstos pasado sin su entonces admitida sanción. ¿Pero qué haría el Papa en las desventuras del *Maine*, asunto privativo de la química?

Y dejo para lo último la más inverosímil y más absurda pretensión entre todas las inverosímiles y absurdas pretensiones de América. El pueblo aquel, enloquecido sin duda por la fortuna y por la prosperidad; habiéndosele subido á la cabeza el mosto nuevo de sus embriagadoras ambiciones; faltar en su dementísima neurosis de toda circunspección, pide, como si pidiera lo más hacedero, el reconocimiento por nosotros de la independencia cubana. Y yo pregunto, ¿cuál es el guapo en España que sea osado á poner en litigio, ni por un minuto, la integridad inconsútil del territorio patrio? Pon lo tuyo en consejo, y unos dirán que es blanco y otros dirán que es negro. Nosotros no podemos admitir que ajenos poderes, ya sean divinos, entiendan en aquello intangible, inviolable, sagrado, que nos han transmitido las generaciones pasadas y que debemos legar á las generaciones futuras, el nacional territorio. Sobre nuestro hogar, sobre nuestros lares, sobre las sepulturas donde nuestros abuelos yacen, sobre los gineceos donde nuestras mujeres el culto de la familia reciben y donde mecen la cuna de sus hijos, no reconocemos jurisdicción alguna, poder alguno, ni á reyes, ni á papas, pues todo ello nos pertenece por derecho natural, y perderlo sería tanto como perder el suelo donde arraigan hoy las raíces de nuestra vida y el cielo á que confiamos nuestras esperanzas, allende la muerte. Sobre la independencia de Cuba no cabe discusión de ningún género. Nosotros la defendemos con el verbo de nuestros cañones y la salvaremos con el esfuerzo de nuestros ejércitos. Ningún español reconocerá jamás arbitraje alguno que suponga nuestro deshonor y nuestra mengua.

Madrid, 5 de abril de 1898.



TOMÁS LUCEÑO

- D. Tomás, ¿estrena usted algo? ¿Cuándo nos da usted un sainete, D. Tomás?

Y D. Tomás contesta siempre amable, siempre cariñoso, paseando gravemente su rostro bonachón y simpático, adornado por largas y espesas patillas que le dan cierto aspecto solemne.

Don Tomás - así le llama todo el mundo - escribe poco. Quizá sea porque le quede poco tiempo para dedicarse libremente y con gusto á las labores literarias; quizá también porque, temeroso del público como ningún autor y modesto como muy pocos, cuida mucho el trabajo y no sale una obra de sus manos hasta que, á su juicio, está impecable.

Corrige, lima, pule cien veces lo hecho; lee, consulta, estudia el efecto que la lectura produce en los oyentes; luego vuelve á guardar la labor, y después de pasado algún tiempo corrígela nuevamente, repitiendo la operación varias veces, y así y todo, cuando llega el momento terrible de entregar la obra á la empresa para sacarla á papeles y ensayarla, pónesele á D. Tomás la carne de gallina, y comienza á estar intranquilo y asustado, susto é intranquilidad que no desaparecen hasta que el estreno se verifica.

Esta es la causa que le impide estrenar con más frecuencia, como todos desearíamos, y si á esto se agrega que Luceño tiene que desempeñar al propio tiempo su cargo de Jefe de Negociado en el Ministerio de Ultramar y el de redactor del *Diario de las sesiones del Senado*, se comprenderá fácilmente que escriba poco para el teatro, pues esto poco ya es bastante, sobre todo si siempre es bueno.

Sin falsa modestia, sin hipocresía, refiere, cuando se le presenta ocasión, sus primeros pasos en la carrera literaria.

Del mismo modo, con igual sencillez, relata los detalles verdaderamente cómicos que en la vida ofinesca observa, y es tan grande el encanto de su conversación, tan enorme el caudal de gracia que derrocha, que entre todos los escritores goza de reputación envidiable.

Una vez se presentó á sus amigos hondamente preocupado, porque no comprendía cómo su jefe (entonces era simple escribiente) le había dicho:

- ¡Hombre! Luceño, usted que es medio poeta, afíleme este lápiz.

Y Luceño se preguntaba qué tendría que ver una cosa con la otra.

Sus comienzos fueron los de todos los principiantes que luchan con el deseo de ver sus obras representadas y con el miedo de que no los atiendan.

Temeroso y vacilante, presentóse una noche á Emilio Mario, en el antiguo teatro del Príncipe, un jovencito que le hizo entrega de un manuscrito, rogándole que hiciera el favor de decirle el juicio que su lectura le merecía.

Mario prometió hacerlo, aunque desde luego le indicó la imposibilidad en que se hallaba para estrenarla por tener una porción de obras en espera de que les llegara el turno á que estaban sujetas.

- Ya ve usted, le dijo. Ahora los autores se dedican á escribir piezas en un acto, y como no hay más que dos teatros para representarlas, estamos llenos de obras. Por esta razón, y aunque me parezca aceptable después de leída, me será imposible estrenar la *pieza* que me trae usted.

- No, le respondió el autor novel á Mario. Lo que yo le traigo no es una *pieza*, ¿sabe usted? *Creo* que es un *sainete*...

- ¿Sainete?, dijo Mario. Pero, hombre..., ¡si eso ya no se estila!

Díjole después que aquel género de literatura le gustaba mucho, pero que era muy difícil, y por eso

ningún autor intentaba hacerlo, y despidióse Luceño (que él era) del eminente actor, luego que éste le hubo prometido leer la nueva obra y darle su opinión transcurridos algunos días.

Cuando pasado aquel plazo que Mario señaló para dar su opinión respecto á la nueva obra, entró Luceño una tarde en el teatro del Príncipe esperando que el gran actor, con buenas palabras, le devolviese aquella su primera obra, al caminar andando á tientas por los oscuros y largos pasillos que conducían al escenario, por el movimiento y confuso rumor le pareció que la compañía se hallaba ensayando.



TOMÁS LUCEÑO (de fotografía)

Avanzó más y creyó oír, aunque muy vagamente, palabras sueltas de algún parlamento de su obra, de aquella que días antes había entregado á la dirección, y asustado, como si hubiera cometido una mala acción, volvió rápidamente sobre sus pasos, sin querer escuchar al gran actor, que al verle corrió hacia él gritándole:

- ¡Venga usted, venga usted!.. ¡A ver qué le parece á usted cómo *sale!*

- Bien, muy bien, decía Luceño mientras huía aturdido, sin saber fijamente lo que le pasaba.

El sainete se estrenó y obtuvo un éxito grande y mercedísimo.

En todas sus obras, después ha continuado cultivando el mismo género, y admirador fervoroso y convencido de D. Ramón de la Cruz, estudia sin cesar el teatro clásico que aquel insigne literato dejó, y sigue el camino trazado por el gran sainetero, retratista fiel de las costumbres populares de su época.

Distínguese sobre todo Luceño en la pintura de los personajes que presenta. Los que intervienen en sus obras son verdaderas creaciones, tipos arrancados de la vida real, perfectamente humanos.

El portero de la Academia que aparece en el sainete *Las recomendaciones* es uno de los personajes mejor observados que han pisado la escena. Aquella *Doña Sinfo* y sus «distinguidas» hijas *Petro* y *Patro* que intervienen en la obra titulada *Carranza y Compañía*, son un prodigio de verdad. No podían ser de otra manera.

No es, por consiguiente, de extrañar que si tanto ingenio y tanta gracia pone en sus producciones, Luceño en el trato íntimo y particular haga las delicias de cuantos tienen la fortuna de escucharle, y así se comprende también que muchos de sus chistes, conocidos ya de todos hayan circulado sin cesar por

todas partes y sean citados en elogio de su ingenio siempre que del célebre sainetero se trata.

Recuérdase que hallándose una vez varios escritores murmurando de la manía de los *álbums* con los que á cada momento los molestaban, Luceño atribuyó á Mahoma el siguiente *adagio*, que él calificó graciosamente llamándola *maldición árabe*:

«¡Poeta seas
y delante de un *álbum* te veas!»

Pero á pesar de esto, si al día siguiente solicitan su firma dos docenas de *álbums*, es capaz de decir que su mayor placer consiste en escribir en todos los *álbums* de España.

A todo el mundo atiende, á todos escucha, jamás se altera, y sereno, imperturbable, pasea con aire satisfecho sus larguísimas patillas de *maitre d' hotel*, que dan á su fisonomía cierta originalidad y de las cuales él dijo, no hace mucho tiempo, lo siguiente:

Me parezco á Méndez Núñez,
según dicen mis cofrades;
otros que á un *garçon* de hotel,
pero de hotel elegante; ¡
y yo me encojo de hombros
y dejo que me comparen,
que siendo *guapo* por dentro
me importa poco el semblante.

Y esto es tan cierto, que hay pocos hombres de carácter tan bondadoso y amable como D. Tomás.

Una curiosísima anécdota circuló por Madrid á raíz del estreno de uno de sus más celebrados sainetes.

Dícese, ignoro si con fundamento, que al día siguiente del éxito de la obra titulada *Amén, ó el ilustre enfermo*, al entrar D. Tomás Luceño en el Senado, momentos antes de comenzar la sesión, para dedicarse á sus diarias faenas como taquígrafo de aquel alto cuerpo colegislador, el Sr. Sagasta, á la sazón presidente del Consejo de Ministros, que conocía á Luceño de vista, aunque jamás le había hablado, noticioso de la ovación que obtuvo el sainete estrenado la noche anterior, se acercó á D. Tomás en uno de los pasillos de la Cámara y le felicitó cordialmente.

Luego, sabiendo que Luceño estaba empleado también en el ministerio de Ultramar, el Sr. Sagasta le preguntó qué sueldos disfrutaba, y cuando don Tomás con cierta timidez se lo manifestó, el presidente exclamó riendo:

- ¡Caramba! Dos sueldos y además lo que producen los sainetes... ¿Quiere usted cambiar?

* *

Así es D. Tomás, como le llama todo el mundo. El legítimo continuador de D. Ramón de la Cruz vive en sainete continuo y ha prodigado sus chistes y frases de ingenio de tal manera, que asusta á todos cuantos le conocen.

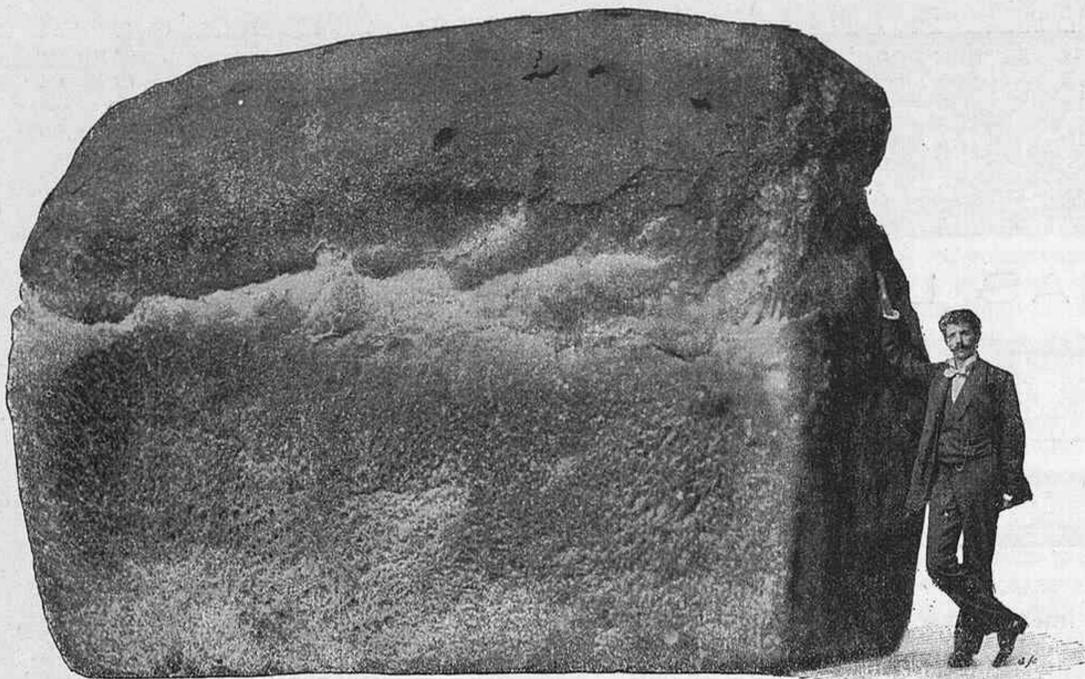
Burla, burlando, como no dando importancia á nada, se ocupa Luceño de las cosas más trascendentales de su vida relacionándolas con sus aficiones de siempre.

Suya es la que él llama *Canción del sainetero*, cuatro versos que encierran un fondo de amargura desconsoladora y que retratan al hombre con todas sus buenas cualidades.

Dice así:

Cuando yo esté en la agonía
pronunciaré estas palabras:
- *Aquí da fin el sainete*...
¡Perdonad sus muchas faltas!

J. JUAN CADENAS

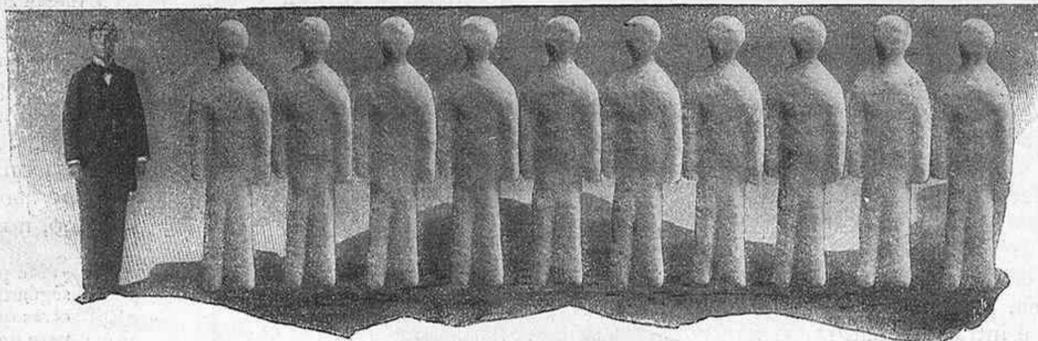


Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - Pan de 280 quintales

EL PAN NUESTRO DE CADA DIA...

¡Klondike! Al escribir este nombre no me ocuparé de este territorio aurífero desde el punto de vista de la fiebre de oro que, como consecuencia del descubrimiento de aquellos nuevos placeres, ha vuelto á poner en tensión los ánimos aun menos exaltables. No, lo que de allí me interesa es otra cosa, á saber: el aprovisionamiento por todo un año que se señala como necesidad á que han de atender en primer término los que piensen encaminarse hacia aquellos lugares en donde si existe en abundancia el precioso metal faltan en absoluto los víveres.

Como indicación para los expedicionarios se han señalado algunas cifras que causan verdadero asombro y que permiten formarse idea de lo que es y de lo que come el hombre. Lo que éste consume en un solo día re-



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - Diez estatuas de sal de tamaño natural

presenta un peso y un volumen no despreciables; pues bien, imagínese lo que consumirá en semanas, meses y años y se obtendrán resultados increíbles; panes como casas; bueyes, cerdos y otros animales que nos surten de carne, de un tamaño tal que á su lado el mammut prehistórico parecería una ternerrilla; y una cantidad de



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - Cigarro equivalente á 219.000 cigarrillos ordinarios.

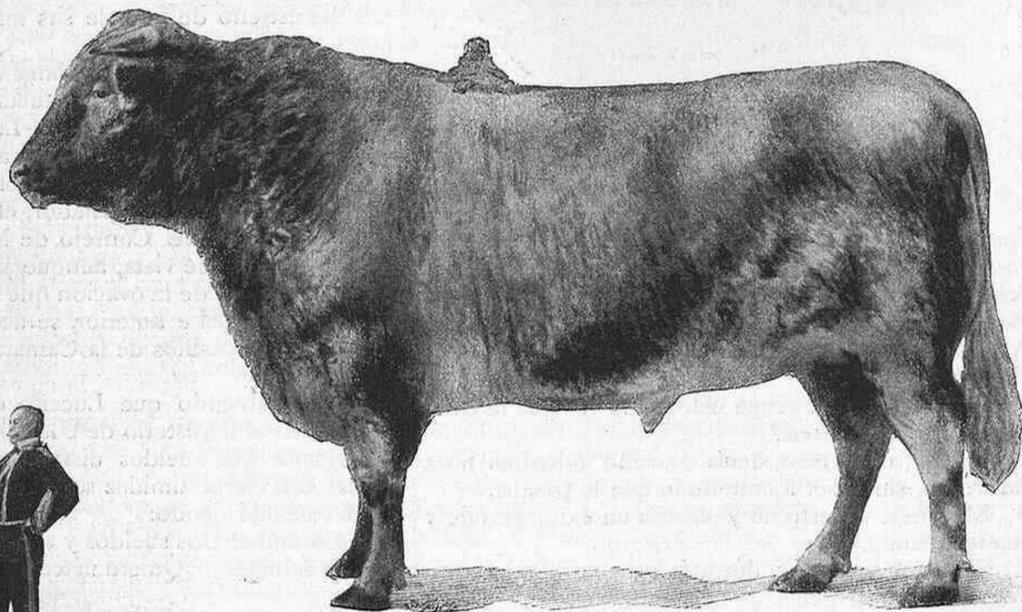
ha de consumir, de fijo que desesperaría de poder dar cuenta de todo aquello y no se tomaría la molestia de comenzar una tarea que sabía no había de poder concluir. Porque lo que necesita el hombre para vivir es realmente monstruoso; y si mis lectores quieren convencerse de ello, síganme en el laberinto de los datos que voy á exponer á su consideración.

Para nuestro estudio tomaremos como duración de la vida 70 años y como sujeto de experimentación á un individuo que haya disfrutado de una existencia tranquila y de buen apetito, aunque no exagerado.

Empecemos por el pan, que es el principal de los alimentos y el de uso más generalizado, y supongamos, que no es mucho suponer, que un hombre sano come diariamente libra y media, en forma de pan blanco, moreno, galleta, etc.: en este caso, y partiendo del supuesto de que en los diez primeros y en los diez últimos años de su vida no coma más que la mitad, tendremos que en los sesenta años habrá consumido de 280 á 300 quintales de pan,

cerveza, de vino, de café, de te, etc., que llenaría un recipiente comparado con el cual no pasaría de la categoría de jarro el famoso tonel de Heidelberg.

Si una persona al nacer pudiera contemplar las montañas y los mares de alimentos sólidos y líquidos que durante su vida



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años Buey de 360 quintales



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años Patata monstruo



cifra que reducida á volumen nos da un pan que ocuparía un espacio de 440 metros cúbicos.

Comiendo un individuo sólo tres patatas diarias de un cuarto de libra de peso, resulta una patata gigantesca que ocuparía dos compartimientos de un vagón de ferrocarril y que no podrían arrastrar todos los empleados destinados al servicio de carga en una estación de primer orden.

Veamos el capítulo de legumbres y verduras: suponiendo que un hombre come en sesenta años medio millón de guisantes, la cáscara que pudiera contenerlos tendría más de una legua de longitud; en cuanto á los nabos, formarían un solo ejemplar del tamaño que indica uno de los grabados; por lo que hace á las hojas de lechuga cubrirían el suelo de doce habitaciones regulares, y respecto de las coliflores, judías y hortalizas llenarían veinte carros.

Pero de todos los alimentos sólidos, la carne representa indudablemente uno de los de mayor consumo, pudiendo afirmarse que los trozos de tocino y otras materias grasas puestos uno al lado de otro ocuparían una extensión de tres cuartos de



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - Nabo gigantesco.

millas y las chuletas legua y cuarto, y que la demás carne exigiría veinte bueyes y algunas parras de cerdos. En suma, la carne consumida representaría un buey de unos 360 quintales de peso y cinco metros de altura: véase el grabado que publicamos y dígame si no parece mentira que aquel diminuto bebé pueda haberse comido á los setenta años el gigantesco buey sobre cuyos inmensos lomos es-

tá sentado. Si al consumo de la carne se añade diariamente media libra de pescado, resultan 100 quintales más, partida á la que hay que añadir la no despreciable de 10.000 huevos. Para calcular el azúcar y la sal tenemos el dato de que el aprovisionamiento de los mineros de Klondike, á que antes nos referimos, comprende por año y hombre setenta y cinco kilogramos del primero y doce y medio de la segunda: multiplicando estas cifras por sesenta años, tendremos 4.500 kilogramos de azúcar, ó sea el suficiente para endulzar un importante caudal de agua y



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años.
Cubo que se necesitaría para contener los líquidos bebidos

750 kilogramos de sal, con los cuales podrían fabricarse diez estatuas de tamaño natural. Veinte quintales de manteca y dos ó tres de queso completan la cantidad de alimentos consumidos. La mostaza y la pimienta no son tampoco de despreciar si se tiene en cuenta el empleo de estos estimulantes durante sesenta años: puede estimarse el consumo de los mismos en catorce libras de pimienta y cien tarros de mostaza. En cuanto á la fruta, las cantidades difieren mucho una de otra: la manzana, conjunto de todas las consumidas, tendría una circunferencia de cuatro metros y medio, y la naranja y pera de un me-



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - Cigarro de cinco metros de largo y dos tercios de metro de grueso.

tro; la ciruela sería tan grande y de tanto peso, que un hombre no podría moverla.

Resumiendo: una libra y media de pan, una de carne, media de pescado, dos de legumbres y frutas y media de comestibles varios, dan un total de cinco libras y media diarias ó sea 3.225 quintales en setenta años.

Los alimentos líquidos dan cifras no menos asombrosas: un cuarto de litro de te ó café por la mañana, otro tanto de agua, cerveza, etc., en el almuerzo, medio litro en la comida y otro medio litro de leche, te, cerveza, vino, etc., durante el día, son litro y medio diario ó sea 547 litros al año y por consiguiente más de 38.000 litros en setenta años. Para conte-



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años
Manzana de cuatro metros y medio de su conferencia

ner esta cantidad de líquido se necesitaría una vasija de más de tres metros de alto, y si con ella se quisiera aplicar el tormento como antiguamente dejando caer día y noche una gota cada minuto, suponiendo que la tortura hubiese empezado en tiempo de Nerón, la provisión de líquido no estaría todavía agotada.

En tesis general, un hombre sano de apetito y sed regulares se asimila en setenta años 1.930 quintales de materias alimenticias sólidas y líquidas; ó dicho en otros términos, suponiendo que un individuo pesa 150 libras, consume durante aquel tiempo 1.280 veces su propio peso.

Todos los referidos alimentos en forma de claras de huevos batidas llenarían un cuartel de grandes dimensiones y ocuparían un volumen 20 000 veces mayor que el hombre mismo. Y transformando estas materias en energía mecánica, se obtendría una fuerza suficiente para levantar á una altura de un pie un peso de 1.752 millones de quintales, ó á la de 380 metros el famoso puente

dél Forth, junto á Edimburgo, que pesa 1.200.000 quintales.

El capítulo del tabaco, al parecer tan poco importante, arroja asimismo cifras sorprendentes: aun descontando los veinte primeros años, en que poco ó nada se fuma, los cigarrillos que en los cincuenta restantes consume un fumador mediano, á razón de doce al día, dan 219.000 cigarrillos, equivalentes á un cilindro de cinco metros de alto por medio de espesor. En cuanto al fumador de puros, el que fume seis cada veinticuatro horas se habrá fumado al fin de su vida un cigarro de cinco metros de largo

por dos tercios de grueso, que pesaría unos veinte quintales y para aspirar el cual se necesitaría una máquina de vapor. Y como el fumar no es un elemento esencial para la vida, con lo dicho se comprende cuánto dinero ha tirado al llegar al fin de su existencia el que tiene este vicio ó esta costumbre. Por lo que hace al fumador de pipa, suponiendo que sólo gaste diariamente 28'5 gramos de tabaco, habrá consumido en cincuenta años diez quintales de esa hoja aromática.

ERNESTO KREOWSKI

(De la revista alemana *Vom Fels zum Meer*)

LA CRUZ DE SAN FERNANDO

José había servido al rey y á la patria en el regimiento de Montesa, alcanzando los galones encarnados por haber salvado la vida á once compañeros suyos; algunos días después y en uno de los encuentros más señalados y sangrientos cuyo hecho glorioso conserva la historia, ganó, en cambio de cinco heridas y la pérdida del brazo izquierdo, el premio más envidiado en la milicia: la cruz de San Fernando, la cruz *laureada*.

Es la patente del valor, el diploma del héroe; no hay recomendaciones que valgan ni influencias que la consigan; es preciso, indispensable de todo punto haberla ganado en lucha con la muerte.

Y con la muerte había luchado dos veces el héroe

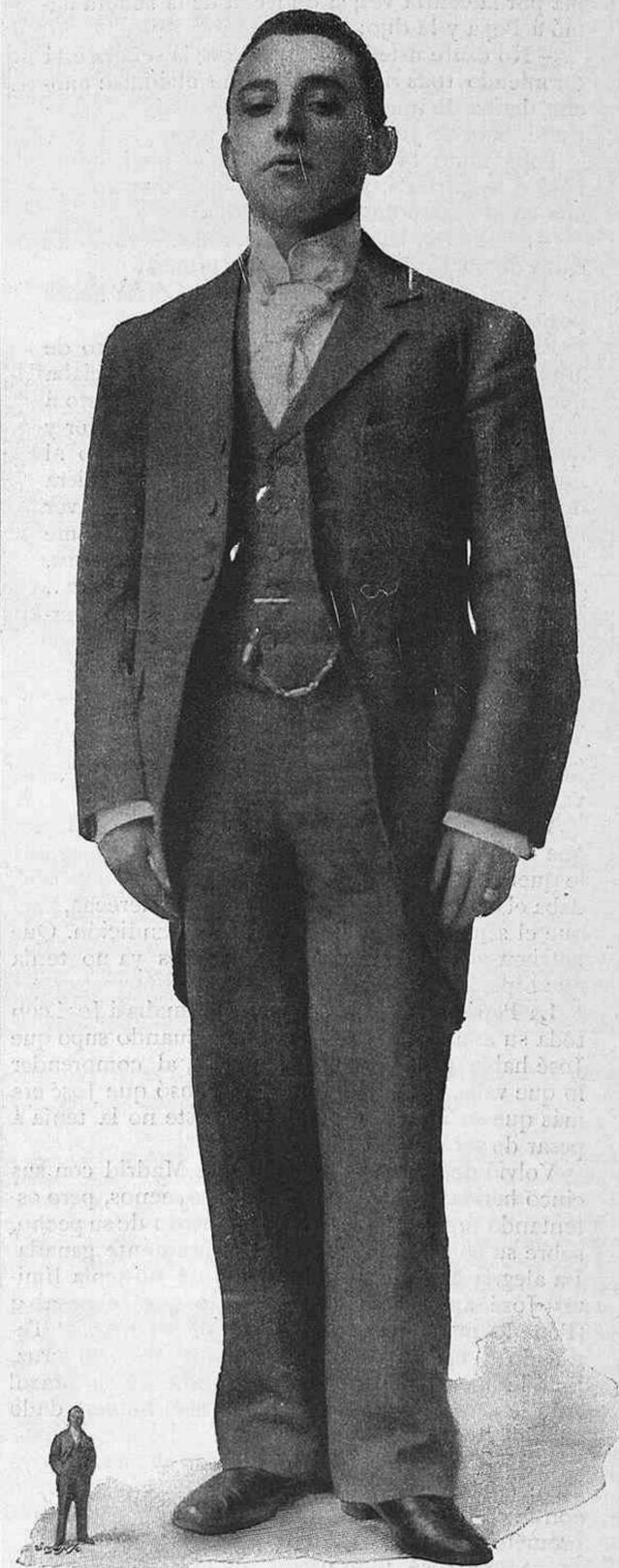
José, pues además del hecho de armas estuvo postrado en la cama del hospital varias semanas en fin de vida, escapando gracias á la habilidad del médico y merced á la voluntad de Dios y á la sólida y vigorosa robustez que siempre había gozado José.

Levantóse de la cama, entró en convalecencia y salió al cabo del hospital con cinco agujeros en la piel de su cuerpo y el brazo izquierdo menos.

Los agujeros nada importaban á José; pero el brazo..., el

brazo le hacía verter lágrimas, pues temía que su Pepa, al verle sin el brazo, no le quisiera ya por marido. - Las mujeres no entienden eso del valor, decía José, y al verme sin el brazo se reirá de mí y me llamará *manco*... Vamos, vamos, mejor quisiera haberme muerto.

Pepa era una de las criadas del general; hacía algunos años que estaba en la casa y supo granjearse la confianza y hasta el cariño de la señora: ganaba muy buen salario porque guisaba bien y suplía la falta de cocinero. Había conocido á José cuando éste era ordenanza del general, y buena moza ella y bien parecido José, se gustaron mutuamente, prometiendo casarse tan luego como José cumpliera el servicio. Contaban con la protección del general, con el afecto de la señora y con algunos ahorros que Pepa guardaba cuidadosamente en el fondo de un baúl; cuando se casaran, estaban seguros que no les había de faltar para comer. Si Pepa hubiera sabido leer y escribir y algo de cuentas..., entonces con la protec-



Lo que ha consumido durante su vida un hombre de setenta años. - Proporción entre el volumen de un hombre y el de las materias consumidas: 1 á 1.280.

ción del general hubieran obtenido un estanco; pero la Pepa no entendía de letras: no importaba. El general ó la señora les *buscarían* una portería; la Pepa era industriosa y trabajadora y se ingeniarían. José sería el portero, ella plancharía, y como sabía guisar bien, encontraría fácilmente donde colocarse de ayudanta..., por supuesto, sin dormir fuera de su casa, pues no quería dejar á José ni una noche solo: eso no. Así, en estos planes y guisando un *civet* de liebre ó friendo una chuleta de ternera, pasaban las horas y los días para la Pepa contando el tiempo que le faltaba á su José para cumplir.

Entretanto José peleaba bajo el hermoso pabellón gualdo y rojo, dando su sangre por el rey y por la patria y conquistando con su heroísmo la laureada de San Fernando; y mientras José luchaba en la cama del hospital, lejos de Madrid, entre la vida y la muerte, Pepa había soñado la noche antes que en el número 2.437, en el cual llevaba una peseta, había caído el gordo..., la felicidad para ella y para su José, y fué tanta su alegría que ni aun despierta realizaba que lo había soñado. Rebosando de júbilo, á las diez de la mañana cantaba con toda la fuerza de sus pulmones la copla tan conocida:

Málaga tiene la fama
del vino y del aguardiente,
de las mujeres bonitas
y de los hombres valientes;

sintiendo no haber nacido en Málaga para poder apropiarse en toda regla la copla; pero ella era manchega, y José, de Betanzos. Al repetir la copla por la cuarta vez, la doncella de la señora llamó á Pepa y le dijo:

— No cante usted tan alto, Pepa; la señora está durmiendo todavía... ¡Ah! Se me olvidaba: anoche, dentro de una carta del señor, venía esta para usted. Será de José.

Pepa tomó la carta y sin perder un instante bajó á la portería, y entrando como una avalancha en el cuarto del portero le dijo:

— Sr. Pedro, hágame el favor de leerme esta carta de mi José. ¡Ande, pronto, pronto!

— Voy, mujer, voy. Siéntate... ¡Qué prisa tienes por saber de tu José!

Este, en la carta escrita por un compañero de armas y dictada por el mismo José, le noticiaba que tenía cinco heridas, que le habían puesto á orillas de la muerte, pero que ya estaba mejor y que esperaba sanar en dos semanas. Luego al final, como posdata, añadía: «No te lo quisiera decir, pero como algún día lo has de saber y ver tú misma, además de los cinco agujeros que me han abierto en el pellejo tengo un brazo menos, que me cortó el cirujano para salvarme la vida... Ya ves, no me ha salido cara; un brazo, el izquierdo, por la vida no es mucho... Aún me queda el brazo derecho para acariciarte. ¿Me querrás sin el brazo? ¡Ay, Pepa, Pepa! Adiós y hasta que te dé medio abrazo tu José.»

— ¡Jesús me valga!, exclamó Pepa llorando y sollozando, ¡Jesús me valga! Mi José, ¡pobrecito! ¡Qué vamos á hacer!..

Y entre lágrimas y suspiros suplicó al Sr. Pedro que contestase en seguida á José diciéndole que ella le quería siempre, sin brazo; que justamente le quedaba el derecho y la mano necesaria, la derecha, para que el señor cura pudiera darles la bendición. Que volviera pronto, lo antes posible, pues ya no tenía que esperar á cumplir.

La Pepa al decir esto no mentía; amaba á José con toda su alma, con todo su cuerpo. Cuando supo que José había ganado la cruz laureada, al comprender lo que valía, se sintió orgullosa, y pensó que José era más que su amo el general, pues éste no la tenía á pesar de ser general.

Volvió de la guerra José; llegó á Madrid con sus cinco heridas cicatrizadas y el brazo menos, pero ostentando orgulloso en el lado izquierdo de su pecho, sobre su corazón, la cruz tan heroicamente ganada. La alegría de Pepa al abrazar á José no tenía límites; José apenas creía ni sabía lo que le pasaba; ¡Pepa le quería de veras á pesar de ser manco! Teniendo el cariño de su Pepa y ostentando su cruz, ¡qué le importaban sus cinco heridas ni su brazo! Aún le parecía poco el sacrificio. ¡Si él hubiera dado sus dos brazos y sus dos piernas!..

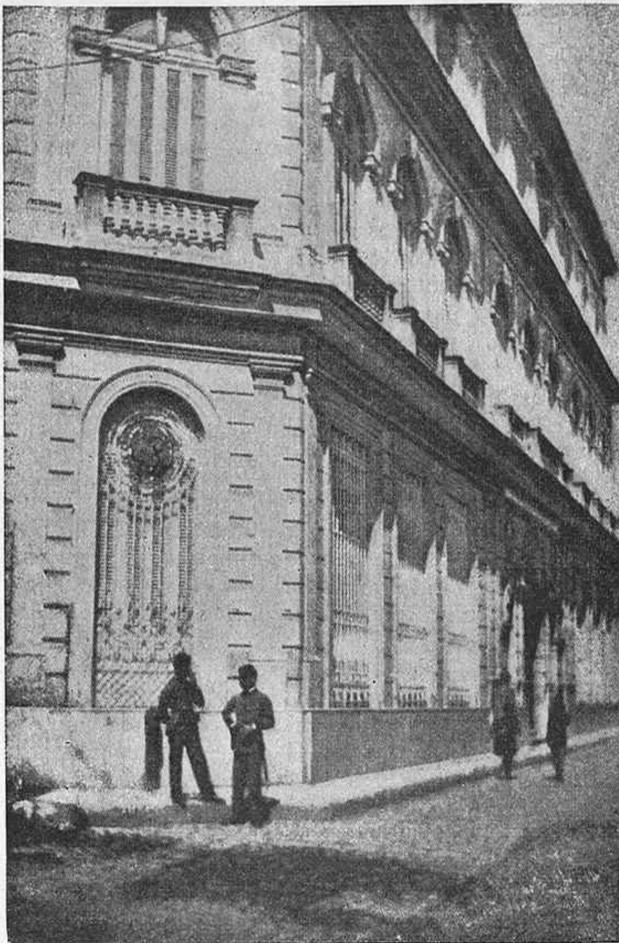
— Mira, decía José á Pepa cuando se casaron, oye bien: cuando me muera quiero que me entierren con la cruz, ¿oyes bien? Si es verdad que me quieres prométemelo.

— Sí, mi José, te lo prometo y te lo juro. Cuando te mueras, lo que Dios no quiera y antes me muera yo, te coseré la cruz yo misma, y la coseré fuerte y bien para que nadie pueda quitártela. Te lo juro. Está tranquilo y no hablemos de muertes ahora. A vivir, que somos jóvenes.

Protegidos por el general y su señora, casáronse Pepa y José, dotándoles el cielo con dos hijos. Obtuvieron la deseada portería que les dejaba utilidades y provecho honradamente, y por el carácter servicial, amable y bondadoso de los porteros, la vecindad toda los apreciaba, llegando á obtener la completa confianza del propietario de la finca.

Más de veinte años gozaron la Pepa y José de una vida tranquila y sin disgustos serios; sus dos hijos crecían fuertes y sanos aprendiendo el uno el oficio de cerrajero y el otro el de ebanista.

Como todo tiene término en este mundo, así tuvo fin la salud del pobre José, que barria y lavaba las escaleras y el anchuroso portal, luciendo siempre en su pecho la cruz tan caramente ganada; empezó á re-



ISLA DE CUBA. — Edificio que ocupa el consulado de los Estados Unidos en la Habana

sentirse de sus heridas sintiendo muy fuertes dolores en la parte de brazo que le había quedado. Así vivió algunos meses sufriendo con resignación, hasta que al fin tuvo que guardar cama; avisaron al médico que pronosticó la enfermedad como incurable y de un término funesto en no lejana fecha. La pobre Pepa, inconsolable, separábase apenas de la cama del enfermo; le abandonaba solamente el tiempo preciso y necesario para cumplir bien su trabajo de limpiar y barrer.

Una tarde, al obscurecer, empeoró José; llamó á Pepa y cogiéndole las manos le recordó su promesa acerca de la cruz.

Pepa, sollozando, reiteró con gran energía su juramento, tranquilizándole y dándole ánimo y esperanzas de curación, esperanzas y ánimo que ella no tenía ya...

De madrugada, José el héroe rindió su alma á Dios después de haber confesado y comulgado cristianamente.

Pepa no lloraba ya; preocupábase el cumplimiento de la promesa que había hecho á José, á su José, y dando vueltas en su mente se le ocurrió como mejor idea una, bien extraña por cierto.

Aprovechando unos momentos en que se había quedado sola con el cadáver, cogió una aguja, la enhebró con algodón encarnado de marcar, tomó la cruz de José, que durante su enfermedad estaba colgada á la cabecera de la cama, la limpió cuidadosamente y la puso sobre la almohada. Después descubrió el cuerpo yerto de José hasta medio cuerpo, abrió la camisa, desabotonó la camiseta de lana cuya abertura hizo mayor rasgándola, dejando al descubierto el pecho del muerto, y tomando la aguja enhebrada ya, sin el más pequeño temblor nervioso y con segura y ligera mano cosió la cruz, por la cinta, en el lado izquierdo del pecho de José, sobre su corazón, dando las puntadas en la misma piel del difunto...

Cuando terminó, rezó arrodillada un *Padre nuestro* y un *Avemaría* y dijo á media voz, casi al oído de su José:

— Te he cumplido la promesa, José mío. ¡De ahí nadie te la quitará, ni la verá nadie!

Arregló otra vez la camiseta del difunto, y poseída de santa resignación le cubrió de nuevo con las ropas de la cama.

El héroe podía dormir tranquilo el sueño eterno: llevaba al sepulcro, sobre su corazón y para siempre, su cruz laureada de San Fernando.

APUNTE...

Sentado ante la mesa de trabajo, Gándara escribe febrilmente: es un periodista de treinta años, y á juzgar por sus cabellos que empiezan á blanquear y por sus facciones *contraídas* por el cansancio y la tristeza, aquel hombre que emborriona cuartilla tras cuartilla es un vencido prematuro, un desengañado, una juventud debilitada lastimosamente por un desaliento aplastante. Lo que va escribiendo lo confirma: uno de los párrafos dice así:

«El gran maestro de la novela francesa ya lo expresó con una sinceridad y un sentimiento grandes. Todos los encantos del vivir son vanidad, vacío insondable; por eso tal vez viene tan presto la muerte: los que más aman son los que más padecen: pocas cosas corresponden á nuestro amor. El arte nos quema al calor de su fuego inextinguible y nos abandona casi siempre al fin de la jornada.

»La mujer nos sustituye por otros amores ú otras vanidades; la amistad es egoísta; la fama adquirida la devora el tiempo; la reputación conquistada á costa de un batallar sangriento la empaña una caída, una sátira intencionada ó un olvido duradero.

»De las dos grandes verdades fundamentales, el amor y la muerte, sólo una es constante: la última.

»¿Para qué luchar con tanto ahinco, para qué desesperarse con tanta frecuencia, para qué guardar tanta amargura durante una vida mezquina, indigna de ser consagrada por la fe y el entusiasmo? Archivemos nuestras melancolías sólo para una cosa: para llorar la pérdida fe en los humanos, en la mujer y en el hombre; generalmente no apagarán nuestra gran sed de amor; están casi todos tocados por una vanidad secular, universal.»

Y el publicista, desengañado y tristón, añadía por su cuenta:

«¿Para qué escribir ya más? Me voy á mi pueblo, detesto la corte, sólo me llevo de ella una carga inmensa de libros, cuya lectura me ha de-

jado casi ciego y un sin fin de desilusiones desnudas de poesía. Mi único recuerdo poético es mi lugar, al que vuelvo; allí tendido perezosamente junto á los sembrados, veré cómo madura la mies en mis terrones y corren las nubes ocultando el sol. Arrancaré de mi alma las pocas ambiciones que me quedan, y libre de cuidados, contemplaré la naturaleza.

»He gastado lo mejor de mis energías, y he desperdiciado todas mis esperanzas y todos mis anhelos. Nadie ha querido recoger el calor, la esencia de mi juventud. Por eso me entiero. ¿Que es muy pronto? Quizás no.»

Aquí llegaba Gándara en su escritura cuando apareció un su amigo y compañero de profesión, y por todo saludo le dijo:

— Mi enhorabuena. Acabo de leer en los *Lunes del Imparcial* un artículo larguísimo del ilustre Juan Crítico. Te pone en los cuernos de la luna, dice que eres el más genial de los modernos, el de más alienos, el que ve más hondo. Fustiga al público, que olvida tus libros en los escaparates de Fernando Fe.

— ¿Dónde está el *Imparcial* ese? No sabía nada, dice Gándara levantándose prontamente.

— Aquí.

El periodista sin ilusiones lee casi temblando el largo artículo que ha inspirado al imponderable Juan Crítico.

Cuando estaba leyendo, llegó un hombre con una carta para Gándara; el sobre decía «Urgente.»

El escritor pesimista interrumpe la lectura del *Imparcial*, abre el sobre, repasa el contenido de la epístola y exclama alegremente dirigiéndose á su amigo:

— Hoy es un día grande para mí; el director artístico del Español me cita para dentro de media hora y me anuncia que el drama que yo presenté hace un mes se va á poner en escena, me pronostica un éxito completo y dice que el tal drama es una concepción grandiosa, ¡grandiosa!, fíjate bien, ¡grandiosa! Hoy se empieza la lectura oficial... ¡A ver! ¿Mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero? Estoy aturdido... Chico, yo me voy..., dispensa ¿eh? Mira, haz el favor de decir al regente de la imprenta que hoy no hay crónica, no tengo tiempo de hacerla, de concluirla, de modificarla.

Y tomando Gándara las cuartillas escritas, rómpe-las nerviosamente; después coge con avidez *El Imparcial*, que guarda en su bolsillo, y sale muy apresurado, mirando el reloj y cantando á media voz:

Porque Gedeón,
Porque Gedeón...

M. J. QUINTANA

J. GRAU DELGADO

NUESTROS GRABADOS

Isla de Cuba.— Los grabados que con este epígrafe general publicamos en el presente número tienen innegable interés de actualidad: uno de ellos, el de la página 238, representa el edificio del consulado norteamericano en la Habana, y si como construcción nada de particular ofrece, lo que allí se ha hecho y lo que de allí ha salido desde que comenzó la actual insurrección cubana reviste tal importancia y ha sido de tanta transcendencia que bien merece ser reproducida la casa que en la capital de la isla ocupa la representación de los Estados Unidos.

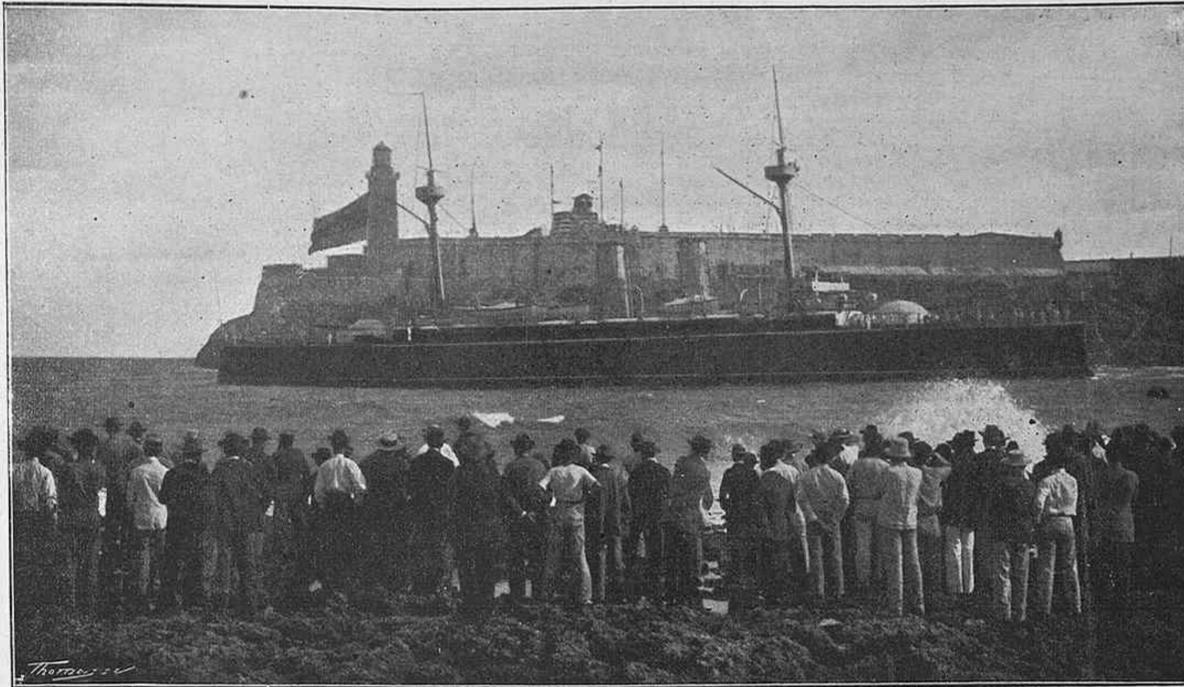
La llegada de los acorazados *Viscaya* y *Almirante Oquendo* al puerto de la Habana, han sido dos acontecimientos cuyo recuerdo no se borrará de la memoria de cuantos los presenciaron: la población en masa acudió á los muelles, vitoreando á la bandera española que en aquellos buques ondeaba y á los bravos marinos que en aquellas aguas ostentaban la representación de la madre patria y llevaban la noble misión de velar por el honor de España. El espectáculo fué grandioso y conmovedor y al desembarcar los oficiales y la marinería, todas las clases de aquella noble y hermosa ciudad aclamaronlos con frenético entusiasmo y rivalizaron por colmarles de obsequios: el pueblo en masa de la Habana, además, quiso visitar los dos barcos de guerra, en los cuales pudo admirar así el orden y la disciplina que en ellos reinan como las poderosas máquinas de guerra de que están dotados y de que es buena

inteligencia de los encargados de defenderla y el carácter del pueblo español, que si puede á algunos parecer inofensivo en las circunstancias ordinarias, sabe crecerse con las dificultades y se vuelve grande hasta agigantarse en las grandes ocasiones.

con asistencia de Ibsen, y el 24 otro banquete. Además, el día 20 el periódico más importante de la capital de Dinamarca, el *Politiken* publicó un número especial en el que los más célebres escritores contemporáneos del mundo entero expusieron sus juicios encomiásticos sobre el gran poeta dramático, quien ha recibido con motivo de su jubileo felicitaciones de todas partes y valiosísimos regalos de innumerables admiradores que tiene así en su patria como en el extranjero.

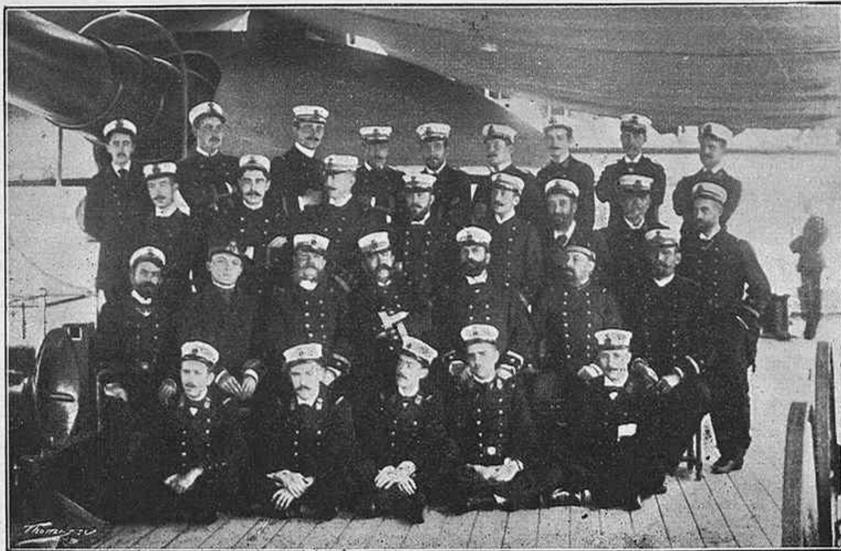
Con ocasión de tantos honores y tantos festejos, Ibsen habrá recordado sin duda los duros períodos de su juventud; viéndose hoy objeto del aplauso delirante de sus conciudadanos, no habrá podido menos de evocar aquellos tiempos en que sus obras provocaron la cólera y la indignación de los mismos y tal vez habrá buscado entre sus actuales admiradores al profesor que en 1862, después de la representación de la *Comedia del amor*, declaraba que «quien había escrito aquella obra merecía una paliza más bien que una pensión.» Gracias á ésta, sin embargo, pudo emprender sus viajes, y en Roma, en Dresde y en Munich fechó las producciones dramáticas que lentamente le conquistaron en su patria y en el mundo entero una gloria tan universal como legítima.

Hijo de un rico comerciante de Skien, Ibsen disfrutó durante su primera juventud de una posición brillante, pero habiendo quebrado su padre, llegaron para él días difíciles que le obligaron á trasladarse á los 16 años á Grimstadt, en donde comenzó la carrera de Farmacia, que abandonó á poco para estudiar en Cristianía la de Medicina.

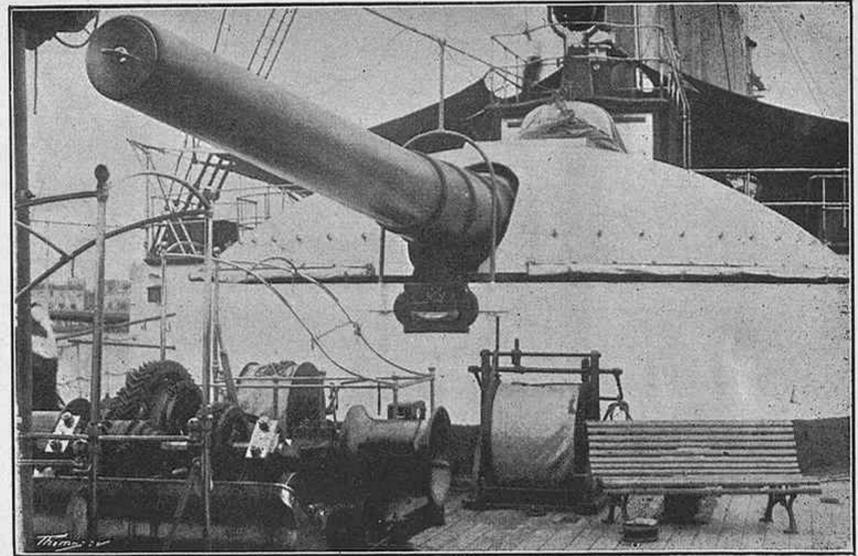


ISLA DE CUBA. — El acorazado *Oquendo* haciendo su entrada en el puerto de la Habana (de fotografía de Otero y Colominas)

Enrique Ibsen.— El día 28 de marzo último cumplió setenta años el ilustre dramaturgo: el aniversario de su natalicio fué festejado en toda la Escandinavia y hasta los suecos depusieron por unos días los rencores que sienten hacia Noruega para asociarse al homenaje de admiración y entusiasmo que



ISLA DE CUBA. — Grupo de jefes y oficiales del acorazado *Viscaya* á bordo del mismo (de fotografía de Otero y Colominas, de la Habana)



ISLA DE CUBA. — Cañón Hontoria de 28 centímetros y torre blindada del acorazado *Viscaya* (de fotografía de Otero y Colominas, de la Habana)

muestra el cañón Hontoria que uno de nuestros grabados reproduce.

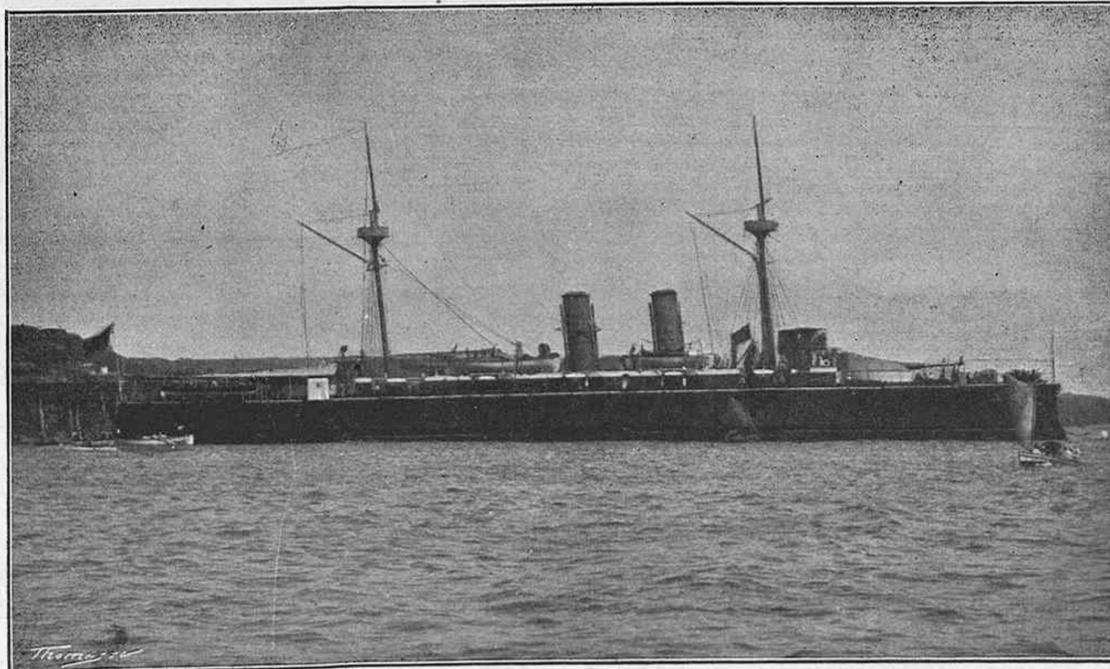
Las circunstancias por que atravesamos han obligado á los referidos buques á abandonar temporalmente el puerto de la Habana, por haber sus comandantes recibido orden de ir al encuentro de la escuadrilla de torpederos que con rumbo á aquella isla salió del puerto de las Palmas y que actualmente espera instrucciones en Cabo Verde; pero habiéndose dado contraorden por el Ministerio de Marina, volverán de seguro en breve á la capital de Cuba.

Hoy no solamente España, el mundo entero tiene fijadas sus miradas en nuestros marinos; con ellos está el corazón de todos los españoles, pues si al fin estalla el conflicto que hace tiempo amenaza, ellos serán los que habrán de sostener la lucha; con ellos está también la confianza de cuantos recordamos los días de gloria que la marina ha dado á nuestra querida patria. ¡Quiera Dios que la guerra no estalle! Pero si á pesar de la razón que nos asiste, si á pesar de la noble y sensata conducta del pueblo español, que tanto contrasta con las procacidades y griterías de las cámaras y del populacho norteamericanos, ocurre el rompimiento, España puede tener fe en su ejército de mar como la ha tenido en el de tierra y estar segura de que para vencer en la contienda cuenta con sobrados elementos: de un lado la justicia de su causa, de otro el valor y la

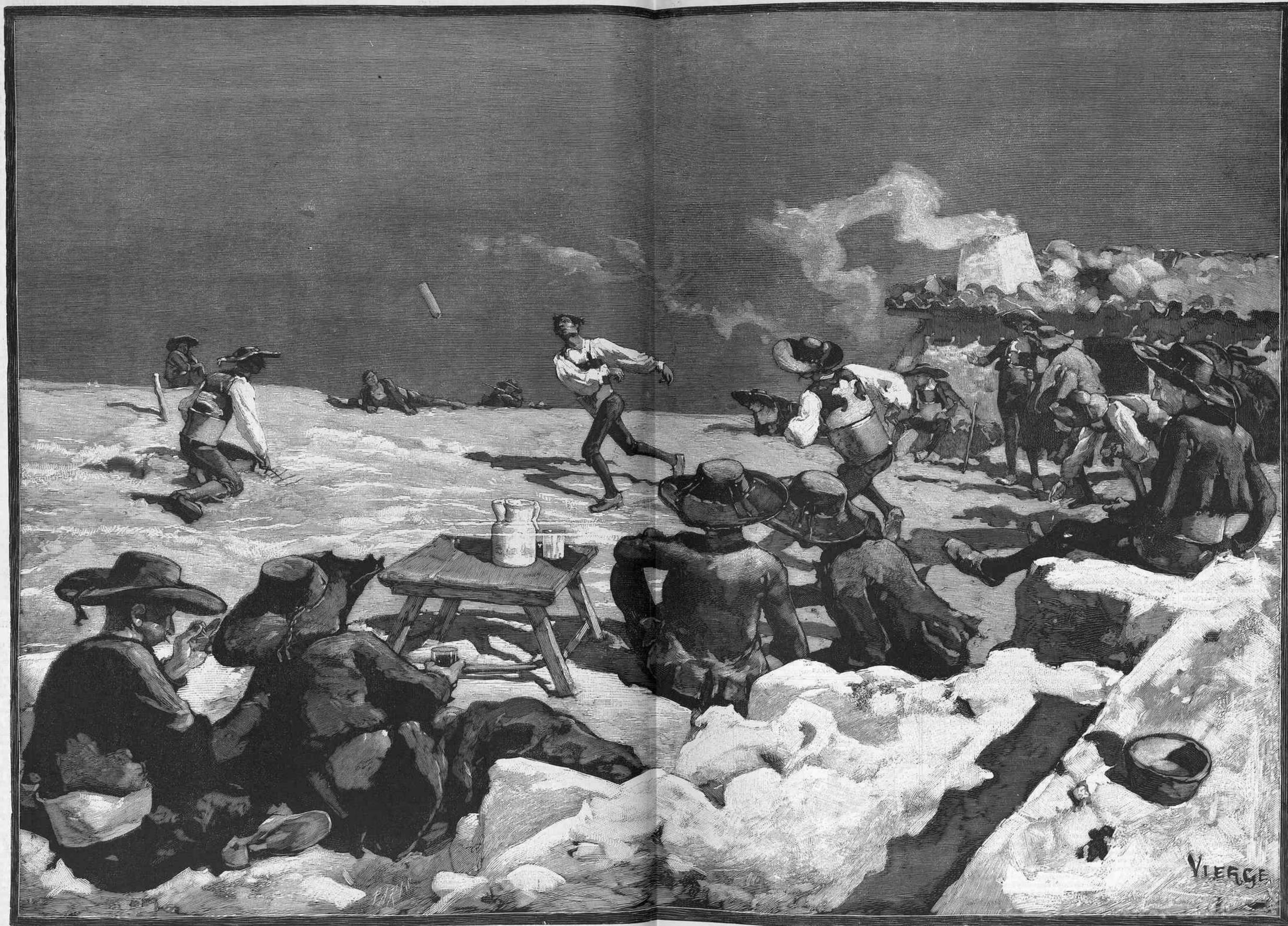
aquel pueblo del Norte dispuso en honor de una de sus más legítimas glorias nacionales. Las fiestas organizadas en Cristianía y en Copenhague fueron las siguientes: el día 20 representación de gala de un drama de Ibsen; el 21 banquete al que asistieron los ministros y los grandes dignatarios; el 22 fiesta popular y representación de gala en el teatro de Copenhague

Allí redactó un periódico hasta que el célebre violinista Ole Bull, conocedor de algunos de sus trabajos dramáticos, se lo llevó á Bergen en calidad de director y poeta de un teatro que se acababa de construir: siete años después le era confiada la dirección del teatro de la capital noruega, escribiendo entonces tres obras, entre ellas la citada *Comedia del amor*, en la cual inició la tendencia reformadora que ya no abandonó y que produjo gran indignación contra él. La quiebra del teatro y el disgusto que le produjo el ver que Noruega no tomaba parte en los sucesos bélicos de Dinamarca, movieronle á abandonar su patria en 1864 y á establecerse en Roma, de donde pasó á Munich en 1868, más tarde á Dresde y en 1875 á Roma nuevamente, hasta que en 1885 regresó á Noruega, en donde ha vivido hasta ahora, haciendo de cuando en cuando largos viajes al extranjero.

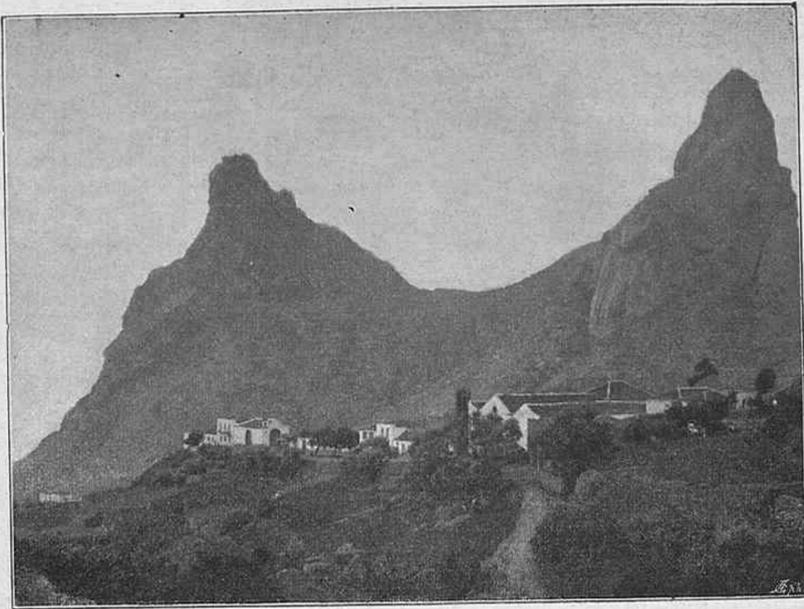
El juego de la barra en Castilla, dibujo de D. Vierge Urrabieta.— La universal fama de que goza este celebrado artista español es indudablemente de las más justas y sólidas: Vierge ocupa en la actualidad uno de los primeros puestos entre los dibujantes de todo el mundo y su solo nombre es el mejor elogio de la obra que lleva su firma. El precioso dibujo que reproducimos, es una de las composiciones en que mejor resaltan las excepcionales dotes de su autor.



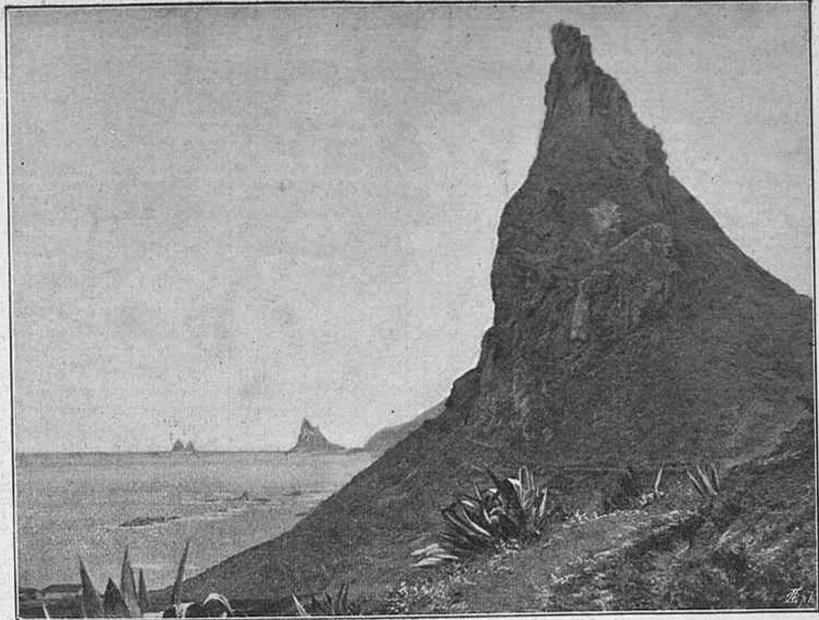
ISLA DE CUBA. — El acorazado *Viscaya* fondeado en el puerto de la Habana (de fotografía de Otero y Colominas)



JUEGO DE LA BARRA EN CASTILLA, DIBUJO DE DANIEL VIERGE URRABIETA, EXISTENTE EN EL MUSEO MUNICIPAL DE BELLAS ARTES. BARCELONA



ISLA DE TENERIFE. - Montañas del valle de Tayanana (Anaga)
(de fotografía de D. Rodrigo de la Puerta)



ISLA DE TENERIFE. - El roque de las Animas, Anaga
(de fotografía de D. Rodrigo de la Puerta)

LA CORDILLERA DE ANAGA
(ISLA DE TENERIFE)

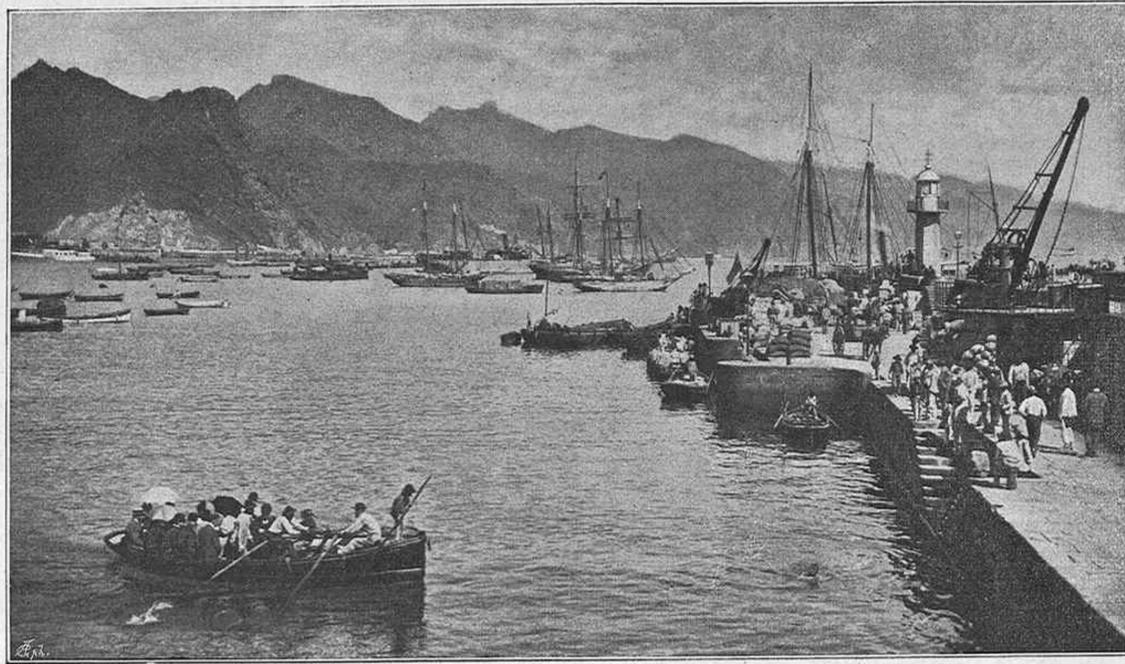
Impresiones y perspectivas

La región de Anaga ofrece un relieve sumamente montuoso, terminando sus altas cimas en picos de formas caprichosas ó en rocas escarpadas de color ceniciento, semejantes á las que en algunos pasajes coronan las cumbres de los Pirineos Orientales. Vista desde las eminencias de sus montañas la comarca anaguense presenta una serie de altas ondulaciones cubiertas de verdura ó enhiestas cimas desnudas de vegetación, que en su base han formado valles estrechos ó barrancos profundos por donde se precipitan arroyos cristalinos. Quien visite las alturas de aquellas escalonadas montañas conservará grata impresión de sus vastas perspectivas ó inmensos horizontes, y guardará indeleble el recuerdo del silencio que allí reina, semejante al del desierto y tan sólo turbado por el graznido del cuervo, el arrullo cadencioso de las palomas torcaes, ó los gemidos del viento al cruzar las ramas de los brezos.

El viajero que sigue en toda su longitud las escarpadas cimas de la cumbre de Anaga puede descubrir en algunos parajes tortuosos senderos que le hacen perder como por encanto los dilatados horizontes de mar y de cielo, para hallarse en sitios sombríos y solitarios cuajados de selva espesa, en los que el suave perfume que derraman innumerables flores silvestres, el murmullo de algún arroyuelo, el aspecto imponente de colosales árboles, que parecen restos de la primitiva flora atlántica escapados de los trastornos geológicos, y el vago rumor que se siente en nuestros bosques, le harán sentir inexplicables emociones.

Desde diferentes eminencias de esta elevada región - tan digna de ser narrada por los modernos heraldos de la moda - abraza la vista panoramas grandiosos y espléndidos que recuerdan paisajes de los Alpes, ó ya, también, por los perfiles estatuarios de sus altísimos picachos, parecidos á pequeñas esfinges en el cielo, los cerros del Pindo ó el Helicón. Digno de ser contemplado por los *amateurs* y turistas es el cuadro que se domina desde las alturas del Palmital, cuyo primer término lo constituye el escabroso valle de la Punta, con sus pedregosos barrancos y desfiladeros cubiertos de higuerales; más allá los valles de Anosma y Ujana, con sus breñas, arroyos y selvas; limitando el horizonte hacia el Este los picos caprichosos de los riscos del Sabinal, formidable promontorio que penetra atrevidamente en el mar, y hacia el Sur una cadena de montañas de la que surge, erguida como el gigantesco ídolo de las islas Eternas del Edrisi, la graciosa silueta del alto roque de *Chinobre*, y á lo lejos envuelto en vaporosa y azulada gasa y como sustentando con su punta la bóveda celeste, el *Vertex* de Virgilio, Sillio y Plinio, el celeberrimo Pico de Teide.

Y si de estas alturas el viajero flanquease las laderas que se dirigen á la cumbre de la cordillera y descendiese por estrechas sendas al fondo del valle de la Punta de Anaga, á cada momento se presentarían á su vista variadas perspectivas hasta penetrar en la modesta aldea que lleva este nombre, y que se encuentra en medio de una rica floresta. Internándose por un sendero, que cruza á la izquierda, sombreado por las ramas de multitud de árboles silvestres, distinguirá á uno y á otro lado grupos de chozas y casitas artísticamente diseminados, ó bien preciosas espesuras de laureles, hayas y acevijos, ó pintorescos barrancos de márgenes abruptas, cubiertas de zarzales, helechos y *ñameras*. La primera vez que visitamos estos deliciosos lugares permanecimos horas enteras en un sitio denominado *Piedra de la haya*, á la agradable sombra de gigantescos tilos y laureles y atraídos por el fresco ambiente que innumerables flores silvestres embalsaman con sus aromáticas emanaciones: por el gorjeo de los *capirotes* y el silbo de los mirlos, por el apacible murmullo del arroyo cercano, y sobre todo subyugados placidamente por ese extraño éxtasis que sólo se siente en



ISLA DE TENERIFE. - La cordillera de Anaga, vista desde el muelle de la ciudad de Santa Cruz
(de fotografía de D. Rodrigo de la Puerta)

nuestras selvas y que trae á lo íntimo de nuestro ser ese bienestar inolvidable que han debido sentir los poetas y escritores más célebres de la antigüedad cuando han señalado esta privilegiada región atlántica como el paraíso terrenal, como la tierra de los bienaventurados ó la mansión de los justos, y también la mayor parte de los más ilustres viajeros modernos al designarla - del mismo modo que lo hizo en los tiempos heroicos el dios Proteo á Menelao - como la morada más tranquila que los hombres pueden elegir en la tierra para terminar en ella su existencia. Entonces hicimos reflexiones sobre esos misteriosos lazos que unen á la naturaleza con el espíritu, sobre esas indefinibles armonías del alma con el cielo, con las montañas, con las selvas y con el mar, en las que se animan con algo divino los efluvios incomprensibles de la inspiración. Entonces comprendimos por qué todos los grandes genios, desde Homero á Virgilio, desde Horacio al Tasso, desde Ovidio á Camoens, han tenido que penetrar en nuestras selvas y en nuestros valles para dar forma á sus inmortales creaciones y recordamos aquel canto de *La Jerusalén* que termina así:

E qui gli Elisi campi, é le famose
Stanze delle beate anime pose.

M. DE OSSUNA

Puerto de Orotava.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. - BARCELONA. - Concurso de carteles para el *Antis del Mono*. - Salón París. - Si las corrientes que del extranjero han venido han sido causa para producir honda perturbación en todas las manifestaciones del arte patrio, apartando á los pintores españoles de los cánones impuestos por la tradición y las condiciones especiales de nuestro país, justo es confesar que en una de sus formas ha sido la influencia altamente beneficiosa, puesto que ha dado lugar á una nueva modalidad artística, hasta ahora casi desconocida en España. Nos referimos al cartel, como medio de anuncio y creación artística; nuestros artistas hanse visto obligados á estudiar las obras de este género que en el extranjero se ejecutan, para, inspirándose en ellas, introducir una radical transformación en la forma de anunciar. Los repetidos concursos celebrados, todos ellos de carácter oficial, debidos á la iniciativa de nuestro ayuntamiento, y el número siempre creciente de artistas que en ellos han tomado parte, demuestra el éxito que ha cabido al cartel y la buena acogida que ha merecido á los artistas españoles, especialmente á los de nuestra región. Así lo atestigua el concurso que actualmente se celebra, debido á la plausible ini-

ciativa de un particular, el señor Bosch, para escoger un cartel que sirva de medio para anunciar su celebrado *Antis del Mono*. A ciento sesenta y dos asciende el número de los proyectos presentados, y aunque en muchísimos de ellos nóntanse circunstancias muy recomendables, quedan oscurecidos, eclipsados en absoluto por los cuatro que ha presentado el distinguido pintor D. Ramón Casas, en los que aparte de su simplicidad, pónense de relieve las cualidades del artista, su maestría en el trazo y su buen gusto en la colocación. El autor no ha recurrido ni á los exóticos motivos ornamentales, tan utilizados por algunos de sus compañeros, ni á las violencias de los escorzos ó la rigidez de las formas: se ha servido de sólidos elementos, y huyendo de minucias y rebuscamientos, ha trazado una figura simple en sus líneas y en los tonos, elegante, cual lo son las mujeres de nuestras provincias meridionales, dando á la obra carácter genuinamente español. Por lo mismo estimamos justa á todas luces la resolución del Sr. Bosch al conceder á Ramón Casas el primer premio.

A. GARCÍA LLANSÓ

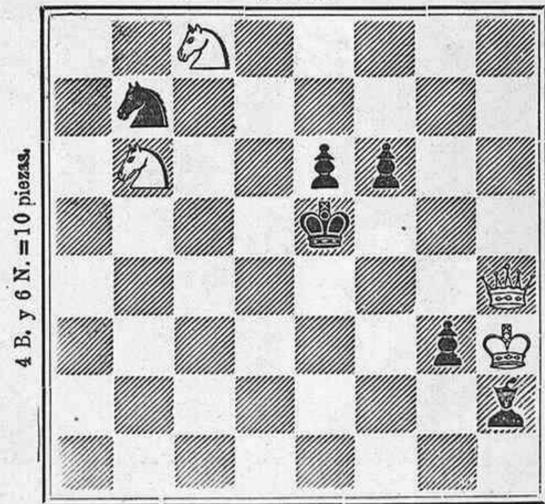
Sustitúyense unas imitaciones á la verdadera **CREMA SIMON**; prevenimos de ello á nuestras lectoras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 115, POR A. CORIAS (Italia)

Mención honorífica del Concurso organizado por la Revista *Ray López*.

NEGRAS



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 114, POR K. KONDELIK

- | | |
|---------------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T4TR | 1. C6D(*) |
| 2. D4AD jaque | 2. R toma D. |
| 3. C toma P3R mate. | |

(*) Si 1. A7TR ó C5R ó C6TR; 2. C toma P3R jaque, y 3. D ó P mate; - 1. C7CR; 2. P3D y 3. D mate; - 1. P4R; 2. D7D, y 3. C toma P5R ó C3TR mate. La amenaza es 2. C toma PA jaque, y 3. D mate.



¿Cómo quieres que haya alguna cosa mala en una obra de la que es autora Nuestra Señora de Fourvière?

EL SOSTÉN DE LA FAMILIA

NOVELA DE ALFONSO DAUDET. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Quando el general volvió á instalarse en París con su hija, me puse enteramente á sus órdenes, sabiendo el odio que inspiraba á los emigrados. Pero Dejari-ne era uno de esos seres á la vez fatalistas y escépticos que no creen en el peligro. Mis precauciones le hacían reír y seguía correteando por todos los peores sitios, mientras que en París y en Londres había órdenes serias de la Internacional respecto de él. Creí que debía advertir á nuestro ministro de Negocios Extranjeros... ¡Grande error! Ya sabe usted con cuánta desenvoltura ese Valfón, traidor y embustero, me ha echado al agua pretendiendo que me había encargado de la seguridad del general y haciéndome, por consiguiente, responsable de su muerte. No tengo más que un medio de salir adelante, y usted creo que puede proporcionármelo... Pero, cuidado... Viene gente... Vámonos y hablaremos fuera.»

En una mesa contigua, debajo del mirador, sitio que los concurrentes preferían aquella noche calurosa á los gabinetes particulares, en donde se ahogaban, acababa de instalarse una pareja, y cuando Mauglás pasó tranquilamente por delante, el hombre, vestido de frac y corbata blanca, alto, encorvado y con cara de levantino, cobriza y felina, murmuró algunas palabras al oído de la muñeca de cara pintada y cabellos de cáñamo que se abanicaba al lado suyo.

— Es Barnés, diputado de Vaucluse, dijo Mauglás en alta voz, de modo que se le oyera bien. Finge que no me conoce, y eso no es decente en él, porque cuando ocurrió su negocio sucio del *Palais Royal*

y el jefe me encargó de hacer averiguaciones en las casas de todos los tenderos de la galería, si yo hubiera querido dar gusto á Leboucart, que quería que fuese culpable... Pero la causa resultó buena para él y yo no pude mentir. ¡Ese hombre á quien vi sollozar, abrazarme las rodillas!.. ¡Las promesas que él me hizo y los juramentos de eterna gratitud! Ahí le tiene usted... Ni se ha llevado la mano al sombrero.

Al salir, Mauglás dirigió una sonrisa á la señora del mostrador y encendió la pipa inglesa que el lacayo de la puerta le ofrecía, mientras Raimundo, poco fumador, como todos los de su tiempo, la emprendía con un terrible habano que acabó de nublar sus ideas, ya muy embrolladas por el champagne y por las confidencias que acababa de oír.

— Buen oficio, á pesar de todo, para un observador de los hombres, el que acabo de pintar á usted, amigo Raimundo...

Mauglás arrastró al joven hacia la parte oscura de los Campos Elíseos, mientras él marchaba á su lado dando fuertes golpes en el suelo con la contra del bastón.

— ¡Las historias que yo conozco y las que haría brotar de este asfalto, si quisiera! No le oculto á usted, pues, que además de mi sueldo, que me permite una vida cómoda, una mesa cuidada y tiempo para mi obra de escritor mosaísta, echaría de menos mi empleo si tuviese que renunciar completamente á él. Por eso me ha ocurrido preguntar á usted si conoce entre sus amigos, en la Asociación ó fuera de ella, algún joven necesitado ó sencillamente de-

seoso de cierto bienestar, que por quinientos ó seiscientos francos al mes, quisiera pasar algunas horas entre los refugiados rusos y anotar sin interpretaciones ni adornos todo lo que oyera. La responsabilidad sería mía. Yo haría el informe y le firmaría con mi cifra en la prefectura. Pero así evitaría el presentarme ante una gente que ya me conoce.

A pesar de su juventud y de los vapores del champagne, Raimundo Eudeline pensó: «A esto es á lo que él quería venir á parar...; he aquí lo que busca hace dos horas.» Y añadió en voz alta, con palabra segura:

— Lo siento, Sr. Mauglás; pero por más que busco, ninguno de mis conocidos me parece ni apto ni dispuesto á...

Se detuvo, porque se sentía enrojecer en la obscuridad y le pareció que le veían. ¿Por qué enrojecer? ¿Por qué oculto pensamiento sufría aquella vergüenza repentina? ¿De qué provenía aquel súbito terror que le inspiraba Mauglás, aquel deseo de escaparse, de huir? El polizone, muy diestro, lo sospechó seguramente y respondió con la mayor calma:

— Sí, ya sé que, á primera vista, la cosa parece poco cómoda..., pero pensando en ella, se ve que es un oficio sin trabajo, sin responsabilidad, y que produciría á usted seiscientos francos al mes. Usted verá, joven, y reflexionará... Estas son mis señas.

Seguían la acera de la avenida Gabriel, por la línea de hoteles que tienen todos, como el Eliseo, la entrada principal por el *faubourg* Saint-Honoré. Al pasar por una verja cubierta de hiedra, llegaron á sus oídos dos voces de mujer, acompañadas por los ecos

de una guitarra, á través del ramaje negro en que relucían los resplandores de una fiesta del gran mundo.

— Es la embajada de Inglaterra, sin duda, dijo Raimundo.

El polizón se detuvo y miró.

— ¡Oh, no!; la embajada está más arriba... Esta guitarra no se parece en nada á la música de la Guardia.

Era, en efecto, la embajada de Inglaterra; pero á través de la espesa cortina de hiedra, Mauglas y Raimundo no podían distinguir la portada del hotel Borghese, ni sus altas ventanas abiertas, ni las escasas mujeres admitidas en la intimidad de aquella reunión diplomática que perfilaban sus elegantes siluetas por la serie de inmensos salones, brillantes y casi desiertos aquella noche, en que la hermosa Paulina hizo tantas veces los honores á su hermano y á todos los gallardos coroneles del primer Imperio.

Después de un banquete automático y solemne, entrecortado por los vales sentimentales y los pasos dobles de la Guardia Republicana, que suplían ventajosamente á las lánguidas conversaciones oficiales, la música se había marchado y lady Rawenswood, su hija y sus invitados pasaron á los salones, dejando á los hombres beber y fumar alrededor de la mesa en desorden, en la que se mezclaban las cajas de cigarrillos y los frascos de licores, caprichosamente tallados, con los macizos anillos de oro que sostenían los siete brazos de un alto candelabro de madera de sándalo. Aquella decoración exótica alteraba la vulgaridad del banquete oficial ofrecido al ministro de Negocios extranjeros y al cuerpo diplomático por el antiguo virrey de las Indias, llegado jerárquicamente á embajador de Inglaterra en París hacía pocas semanas. Valfón había aproximado su silla á la del embajador de Rusia, y mientras hablaban ambos en voz baja con la mímica sentenciosa y los movimientos solemnes de cabeza propios de dos altos funcionarios, el grueso cigarro que mascullaba entre sus labios canallescos el ministro formaba vivo contraste con la gracia aristocrática y el delgado cigarrillo del embajador. Más allá estaba el Nuncio, con la cara de tintes amarillentos como si fuera de marfil tallado, largo cuerpo ascético, apretado en una sotana morada de pequeños botones, en medio de un grupo de fracs salpicados de placas y cruces, escuchando á Marcos Javel, que había sido invitado por excepción, á causa de la amistad contraída por su sobrina Jeannine con mis Frida Rawenswood desde que llegó á París.

Se hablaba entonces del reemplazo probable del embajador de Francia en el Vaticano, y Javel había pensado que ya que la cartera de Marina se le escapaba, representaría de buena gana al Gobierno de la República cerca de la Santa Sede, tanto más, cuanto que el diputado radical descuidaba visiblemente hacía algunos meses á sus h.: los masones y se encontraba aquella noche de acuerdo con el Nuncio en más de una cuestión.

Cerca de ellos, dos jóvenes agregados repetían en voz baja y conteniendo apenas la risa el nombre de la señora de Valfón, la mujer del ministro, á la que lord Ravenswood había dicho cuando estaban visitando los salones del hotel Borghese, mostrándole un diván de seda verde que quedaba allí del tiempo del Imperio: «Si este mueble quisiera, nos podría contar muchas cosas sobre las costumbres de la hermosa Paulina.» A lo cual la de Valfón, falta de toda noción de historia y creyendo que aquella Paulina era el nombre de guerra de alguna aventurera contemporánea de Cora Pearl y de Margarita Bellanger, respondió en tono desdeñoso: «Las mujeres como yo, señor embajador, no se interesan en las aventuras de esa especie de muchachas...» El embajador tuvo el buen gusto de callarse; pero júzguese si la frase de la pobre mujer iría á agrandar el repertorio cómico de aquellos jóvenes y la provisión de risa de que ya les habían surtido complacientemente las espaldas legítimas de ciertos gobernantes.

Aquella de quien se burlaban de ese modo ni lo observaba ni tenía humor de risas. Sentada en un ángulo en medio de todas aquellas mujeres de diplomáticos, desconocidas en su mayor parte, caras altas y cosmopolitas, colección de muestras de toda la aristocracia femenina de Europa, la de Valfón, ciega y sorda para todo lo que sucedía á su alrededor, permanecía con la vista fija en la puerta por donde iban á entrar los hombres, su marido, sobre todo, del que esperaba con angustia una noticia. La velada era pesada. El jardín enviaba un aliento húmedo y tibio que hacía oscilar las luces de las arañas, y entre el discreto murmullo de los abanicos y el ruido lejano y continuo de los coches, sobresalía una voz límpida que venía del fondo del salón, una voz de mujer muy joven que cantaba, acompañada por una guitarra, una antigua balada escocesa.

En otro momento cualquiera, la de Valfón, con el fácil sentimentalismo de todas las tórtolas arrulladoras de su tiempo, se hubiera abandonado al encanto de la antigua romanza rejuvenecida por aquella gracia primaveral; pero desde que oyó cierta frase en medio de la confusión de la mesa, no existía nada para ella más que aquellas palabras de una obscuridad dudosa, que sólo Valfón podía explicarle.

Por fin se abrieron de par en par las puertas del comedor y un gran tumulto de risas y de voces de hombre se esparció por el vasto salón en cuyos muebles y adornos dominaban el color blanco y el oro. Antes de que el ministro, que iba delante de todos con lord Rawenswood, hubiera perfeccionado la actitud autoritaria y de gran señor — un gran señor de teatro — destinada á impresionar á las señoras, un brazo apasionado, de presión irresistible, se apoyó en el suyo, y la de Valfón le preguntó muy bajo sacudiéndole y cortando el efecto de su ademán:

— Ese duelo, del que hablaba Javel en la comedia..., ese duelo para mañana...

El otro, el muy cómico, se sonrió á pesar de su gana de morder, y trató de tranquilizar á su mujer diciéndole muy bajo:

— Vamos, niña, cálmate, tienes el aspecto de una domadora. ¡Y bien, sí!.. Tu hijo se bate mañana.

— ¿Con quién? ¿Por qué?

— Con Claudio Jacquand. Ya sabes el motivo.

La de Valfón ahogó un grito de cólera.

— ¿Por el matrimonio de su hermana? Pero si Florencia no piensa ni remotamente en semejante boda, y si fuera á decirle que Wilkie... Vamos, Valfón, eso no es serio...

Sus ojos ardían en su pálido semblante.

— Vas á llamar por teléfono al prefecto de policía... Ese duelo no se realizará.

En los labios del ministro apareció una sonrisa malvada.

— Dispensa, querida. Yo no tengo los mismos motivos que tú para desear que la gran fortuna de esos lioneses vaya á parar á la familia Eudeline..., tú harás lo que quieras; yo no me meto en nada.

Y aprovechó el momento de confusión que el nombre de Eudeline produjo en su mujer para desprenderse de su brazo y correr al otro lado del salón á reunirse con los demás convidados que habían entrado en la pieza vecina, un *bow-window* lleno de orquídeas, cuyos cristales dejaban ver las luces del jardín, en donde una rubia vestida de blanco, con los brazos desnudos y el cabello á la griega, ligeramente inclinada en el sofá de la hermosa Paulina, en una postura que dejaba ver las medias caladas bajo las cintas moradas de dos pequeños coturnos cruzados el uno sobre el otro, cantaba acompañándose con una guitarra, y con sus ojos azules y su boca de coral evocaba uno de los más lindos modelos de Mme. Vigée-Lebrun. A su alrededor y sentadas en semicírculo en sillas bajas, varias jóvenes con trajes claros y de miradas inocentes formaban un adorable auditorio.

— No veo á mi sobrina, dijo Marcos Javel al ministro, cuyas miradas buscaban también á alguien y se dirigían á todas partes, llenas de inquietud.

La señora de Valfón, que estaba de pie cerca de ellos, murmuró:

— Jeannine acaba de salir al jardín con Florencia.

Las dos jóvenes iban estrechamente unidas; Jeannine, delgada y pequeña, apoyada en el brazo de su exuberante amiga, en la vaga claridad de los farolillos puestos en guirnalda alrededor de las praderas y de los macizos. El viento ya no soplabá, y en el aire pesado se oía un ruido sordo precursor de la tempestad, la primera del año. Las jóvenes permanecieron al principio cerca del edificio; pero después se atrevieron poco á poco á alejarse y penetraron en la obscuridad de las calles de árboles hasta llegar al fondo, donde se sentaron en un banco junto á la verja.

— ¡Calla! Está lloviendo...

Jeannine Briant lanzó esa exclamación al sentir una gota de agua en su brazo desnudo.

Florencia suspiró.

— Soy yo, que estoy llorando. Esa niña me ha conmovido con su voz inocente y sus ojos claros... Yo no he conocido jamás esa edad de candor ni he disfrutado esa frescura de alma. ¡Oh, no te rías!.. Si supieras qué cansada estoy del horror en que vivo y cómo me avergüenzo...

— ¿Pero dura eso todavía, mi pobre amiga?

— Como siempre; ese hombre está loco y su locura no tiene tregua...

Siguió un momento de silencio ocupado por el ruido ascendente de la tempestad y el de los coches en la avenida de los Campos Elíseos.

— Yo, en tu lugar, advertiría á mi hermano.

— ¡Mi hermano! Como si no conocieses á los jó-

venes de ahora. Wilkie necesita á Valfón... Puede que se prestase á sujetarme las manos... No, para salvarme no había más que el matrimonio. La suerte no lo ha querido, ¿qué va á ser ahora de mí? Ese hombre miserable acabará por vencer, pero le preparo una sorpresa. ¿Te acuerdas del colegio de la señorita Audouy, en la calle del Bac, detrás del jardín de las Misiones?

— Ya lo creo que me acuerdo. Parece que estoy viendo á tu madre cuando iba á buscarnos y se exaltaba al oír la voz de aquellos jóvenes sacerdotes destinados al martirio, á quienes se oía cantar en su capilla... En aquel tiempo era muy romántica la señora de Valfón.

— Lo es todavía. Eso no cambia. También yo sigo siendo la inocente que preguntaba con mucha seriedad en plena clase de historia sagrada á la señorita Audouy si era muy hermosa aquella santa que para dar vergüenza á su vencedor y no figurar en su cortejo triunfal, se cortó el pelo, la nariz y las orejas.

— ¡Dios mío, Florencia, cállate! ¡Me horrorizas!

Se oyeron pasos que se aproximaban con precaución haciendo crujir la arena del jardín, y la conversacion de las jóvenes se interrumpió bruscamente.

VIII

UN LANCE DE HONOR

— Señorita Eudeline, abajo preguntan por usted, hija mía.

A esta llamada de la inspectora, pronunciada en el alboroto de la sala de trabajo, todas las cabezas de trenzas retorcidas y de matices variados inclinadas sobre los aparatos se levantaron con el mismo impulso de curiosidad, y mientras Dina, con las manos temblorosas de placer, cerraba de prisa su cajón antes de bajar, oyó murmurar en todas las mesas alrededor de ella: «Los guantes amarillos, los guantes amarillos...» aludiendo á cierta visita célebre en los anales de la oficina central.

¡Ah, sí! Dina esperaba su visita del hombre de los guantes claros. El día antes, un telegrama de Lyon le anunció la llegada de Claudio y su visita á la calle de Grenelle aquel mismo día á eso de las cuatro. Su padre estaba mejor, deseaba conocerla é iría á visitarla en cuanto se restableciera por completo.

La joven esperó en vano hasta las seis y después se decidió á enviar á la calle de Cambón dos letras que no obtuvieron respuesta. Imagínese, pues, la alegría de la pequeña *Cendrillon* al oír que la llamaba la inspectora, y su desencanto al encontrar al pie de la escalera, en vez de la larga y vacilante silueta del lionés, el sombrerillo flexible de Antonino y su traje de dril de la *Belle Jardinière*.

— ¡Cómo! ¿Eres tú?, dijo con una palidez que se destacaba sobre su blusa negra.

El muchacho, muy cortado y sin saber qué hacer de las manos, balbuceó:

— Es que me voy á Londres el... el..., y quería abrazarte y decirte también que si necesitas dinero... Raimundo, que me había dado pagarés á cambio de sus muebles, ha preferido pagarme en seguida, al contado. Yo no quería, pero él se puso furioso... Y ahora tengo economías y no sé qué hacer con ellas. Mamá no quiere aceptar ya nada de mí para que Raimundo no se enfade, ya que él tiene ahora editor que le adelanta todo lo que quiere. Así es que he pensado que acaso tú..., en fin..., ¿verdad?, el... el...

Dina, que estaba absolutamente distraída, dió las gracias á su hermano Tonín. Tampoco ella necesitaba dinero.

— En ese caso, ¿sabes lo que voy á hacer?, dijo el muchacho después de un minuto de reflexión. Voy á devolver al Sr. Izoard los cinco mil francos que debía nuestro padre por aquella famosa construcción. Supongo que Raimundo no me querrá mal por eso.

— ¡Oh, no!, dijo la hermana siempre distraída.

Después añadió vivamente y con voz conmovida:

— Tonín, te voy á pedir un favor.

Y con sus manitas febriles apretaba la mano de Tonín, dura como una herramienta.

— Vas á ir á la calle de Cambón, número 6..., y preguntas allí si el Sr. Claudio Jacquand está en París.

— ¿Jacquand? ¿El riquísimo senador de Lyon?

— Él no, su hijo.

Antonino hizo con sus gruesos labios un gesto de vacilación.

— Iré donde tú quieras, Didina. Pero, la verdad, me gustaría saber si ese recado que me das tiene algo que ver con..., en fin..., con... ¿sabes?, con lo que causa tanta inquietud á mamá.

Las azules pupilas de la joven se obscurecieron y se fijaron en Tonín con aire resuelto.

— Ciertamente, dijo, hay en esto un secreto que

debo guardar á toda costa, porque no es mío solamente; pero ¿ves esta medalla?, añadió sacando de entre la blusa de trabajo y por el borde blanco del cuello un medallón pendiente de una cadenita, ella es la causa de todo y ella podría firmar mi novela, porque hay en esto una novela. Pero ¿cómo quieres que haya alguna cosa mala en una obra de la que es autora Nuestra Señora de Fourvière?

— Me voy derecho, querida hermana, á la calle que me dices, dijo el excelente muchacho con un acento picaresco y su divina sonrisa.

En la parte de la calle de Cambón que alegran los jardines del ministerio de Justicia y en la puerta cochera de la casa número 6, cuyos pisos bajo y primero habitaban los Jacquand, padre é hijo, un majestuoso mayordomo hablaba agitadamente entre un grupo de criados de delantales blancos y chalecos de punto. Al pasar por su lado, Tonín oyó una frase que le evitó toda pregunta.

— No tenemos aún noticias del señorito Claudio, respondía el imponente *factótum* á un periodista insinuante y famélico. Éste, que estaba tomando notas á medida que le daban las noticias, siguió su interrogatorio:

— ¿A qué hora debía ser el duelo?

El mayordomo respondió:

— A las nueve. Son las once y me asombra que no me hayan avisado todavía. El médico del señorito Claudio, el doctor Hurpar, me había prometido, sin embargo...

— ¿Cómo dice usted? ¿Doctor Hurpar?

El noticiero puso un pie sobre un guardarruedas, á un lado de la puerta, á fin de escribir más cómodamente. Antonino se aproximó al grupo y preguntó:

— ¿Se sabe con quién se bate Claudio Jacquand?

— ¿Pero de dónde sale usted?, respondió el periodista sin volver la cabeza. Con Wilkie Marqués, hombre.

El pobre Tonín abrió unos ojos extraviados bajo sus cejas de albino.

— ¿Es posible? Wilkie..., el... el...

Quería decir: «Wilkie, el amigo de mi hermano, el que está enamorado de Dina,» pero las palabras no respondían jamás á su idea, y el periodista que le escuchaba pudo creer que tenía que habérselas con uno de esos agitados, de esos semilocos que arrastra la onda febril de las grandes ciudades.

En dos ó tres ocasiones los coches que volvían ruidosamente la esquina de la calle de Cambón pusieron en movimiento á todos los criados.

— ¡Ahí está mi telegrama!, dijo por fin el mayordomo al ver llegar un empleado del telégrafo con el fatídico papel azul en la mano.

Era, en efecto, un despacho del médico anunciando el resultado fatal del combate en ese lenguaje abreviado al que se creen obligados la mayor parte de los que usan el telégrafo, para seguir el uso, más que por economía.

«Herida profunda región inguinal derecha interesando arteria femoral. Pronóstico muy grave. Prevenid al padre. Intransportable.»

¡El hijo de un senador! ¡Un joven tan rico!

Se produjo un silencio de consternación que aprovechó el noticiero para copiar el telegrama. En los árboles del jardín de enfrente graznaban lígubremente las cornejas.

Tonín se volvió á buscar á Dina con el corazón en un puño.

La encontró dando paseos de impaciencia y martirizando el asfalto de la acera, delante de la oficina central, llena de inquietud y de ansiedad, pero siempre bonita con su abrigo y su sencilla capota.

— Lo sé, lo sé..., dijo sin dejarle tiempo para formular su tartamudeo acostumbrado. El telegrama, expedido en Choisy, ha pasado por nosotros; te estoy esperando para ir á saber dónde se han batido, y puesto que no se le puede trasladar, el sitio donde le han dejado.

— Te acompaño, Didina. Tú no puedes ir sola.

— Pero ¿y tu viaje?

— ¡Bah! Mi viaje...

É hizo ese movimiento de hombros con el que acostumbraba á dejar desdeñosamente para más tarde los asuntos cuando sólo se trataba de él ó de sus intereses.

— Ven, entonces, dijo la joven colgándose nerviosamente de su brazo.

En Choisy-le-Roy, primera estación de la línea de Orleans, no les dieron más que indicaciones muy vagas. El duelo se había verificado al otro lado del Sena, en el jardín de una propiedad particular. El farmacéutico no sabía nada más sino que no había podido vender la cantidad de percloruro de hierro que le pedían y había tenido que enviar á buscarlo á casa de su colega de Maisons-Alfort. Por fin, en un merendero de la orilla del río, donde Tonín, muerto

de hambre, consiguió de Dina que entrasen á tomar un bocado, la casualidad cobijada bajo la cofia blanca de una hija del Morbihan que llenaba allí las funciones de ama de cría y de mozo de servicio, les procuró todas las noticias de que carecían.

— Figúrense ustedes, les dijo, que hace una hora, en esta misma mesa, cuatro señores que bajaron de un coche descubierto han pedido un magnífico almuerzo. Venían de Pompadour, ahí enfrente, de casa de Lassus, donde uno de ellos, pequeñuelo, afeitado como un cura, acababa de pegar un sablazo á uno de sus amigos. Y parecía muy contento de su hazaña el tal pequeño, porque no hacía más que reírse y levantar su vaso para brindar.

Dina no se reía. Muda y estremecida, con los dientes apretados por su inmensa pena, caminaba un momento después apoyada en el brazo de Antonino, que la guiaba y casi la llevaba en vilo. Acababan de pasar el puente de Choisy para tomar la carretera de Villeneuve-Saint-Georges, á la que daban sombra dos filas de viejos olmos y cuyas laderas estaban tapizadas de espesa verdura. Aquí y allá, algunas infiltraciones del Sena formaban en la llanura pequeños lagos, estanques de orillas redondeadas, que se comunicaban entre sí por largos canales, en cuyos bordes crecían como arrodillados inmensos sauces. Unas bandadas de primaverales aves de paso revoloteaban piando por encima de aquellas aguas muertas, que reflejaban un cielo triste y velado. Por detrás de los árboles cruzaban los trenes, y algunos escasos caminantes caminaban por la carretera, ansiosos y cansados, en dirección á París.

— Lo que me apena, ¿sabes Tonín?, suspiró de pronto la joven con acento de desesperación, es que todo esto es por mi culpa, que soy yo la causa de esta horrible desgracia.

El muchacho la miró espantado.

— ¿Tú, Dina?

— Sí, yo... Hace dos horas que estoy poniendo en prensa mi imaginación, y lo que nos ha contado esa criada sobre la alegría de aquel bandido ha acabado por darme luz. Ahora lo comprendo, lo veo todo, y vas á comprenderlo tú también.

Y en algunas frases precisas y rápidas, con esa intuición adivinadora que la pasión da á las mujeres, Dina explicó toda la combinación de Wilkie para impedir su matrimonio. La había pedido á su madre para dentro de un año ó de diez y ocho meses para hacer así imposible todo paso de Claudio, sin perjuicio de encontrar después mil medios para desembarazarse de su compromiso. Solamente que su matrimonio con Claudio lo había hecho un milagro y Wilkie lo ignoraba. Aquel hombre no podía saber que la repentina connivencia de dos seres que no se habían visto nunca, que aquellos juramentos cambiados en una noche de baile, eran obra de una intervención superior y divina, la de Nuestra Señora de Fourvière, cuya imagen no abandonaba nunca á la joven, la pequeña idólatra, como la llamaba Izoard. ¿Qué podía, pues, prevalecer contra una fuerza semejante? Entonces, viendo el lazo descubierto y sólo posible la venganza, el miserable se había acordado de que en dos ó tres lances había tenido la mano siniestramente dichosa. Esta vez su adversario había sido el ser más inofensivo y más dulce, un alma valiente, pero seria, á la que una espada ó una pistola hacían sonreír como juguetes de niño, peligrosos y estúpidos.

¡Su pobre Claudio! Le parecía estarle oyendo decir á sus padrinos con una sonrisa de indulgencia y de piedad: «Pero, verdaderamente, ¿creen ustedes necesario que me bata?» Y se lo figuraba aquella misma mañana, en Pompadour, dirigiendo la postre mirada al camino que ella recorría, antes de entrar en la casa cuyos techos rojos é irregulares, dominados por las copas de los árboles y por el armazón de un alto columpio, se distinguían desde la carretera.

En la fachada blanca de un hotel amueblado, de cortinillas bordadas y guardamalletas rosa, se leía esta muestra: «Pabellón Pompadour. — A la soledad de Valenton;» dentro se veían unos vastos salones en el piso bajo, para bodas y banquetes numerosos, y luego una posada campestre, con sus gallinas, cuerdas, graneros, carros parados y otros desenganchados, con la lanza hacia arriba.

Un posadero muy gordo con gorro y traje blancos, un personaje de las antiguas novelas de capa y espada, salió al encuentro de Tonín y de su hermana, en un corredor fresco y enlosado, en cuyo extremo unos vidrios de colores dejaban ver los verdoros temblorosos de un jardín.

El hombre hablaba á media voz, en tono afectado y recogido, y repetía desde por la mañana las mismas frases y con el mismo acento:

— ¡Ah, señores, qué espantosa desgracia!.. Pero

¿quién había de pensarlo? Después del tiempo que hace que el Sr. Wilkie viene á mi casa en buena compañía y me alquila uno ó dos cuartos, yo, ¿verdad?, no podía decirle que no cuando me anunció que iban á batirse en el jardín y me mandó que hiciese barrer la calle del columpio. Envié, pues, al jardinero á preparar la calle y después todo el mundo entró en casa, mi mujer y mis chicos, para no molestar á esos señores. Desgraciadamente había llovido toda la noche y la tierra y la hierba estaban escurridizas, como ustedes pueden ver, hasta el punto de que al cabo de un momento no podían ya batirse en aquel sitio. Entonces abrimos una sala del piso bajo, la más grande, la de quinientos cubiertos, que no se usa casi nunca, y allí se han estado tirando el sable durante unos minutos, hasta que el más alto cayó con una herida en el vientre de la que salía un mar de sangre que se ha empapado en el suelo produciendo una gran mancha negra, muy difícil, por cierto, de limpiar.

Durante su relato el hombre del gorro blanco enseñaba á sus visitantes la calle de árboles, muy pisoteada entre el bosquecillo y el columpio, en la que había empezado el duelo.

— ¿Y el herido? ¿Dónde está; dónde le han acostado?

Al formular esta pregunta, Dina tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse y para dar firmeza á su voz y á su corazón que estaban á punto de desfallecer.

— ¿El herido, señora? Está en la sala grande. El doctor no quiso que se le cambiase de sitio y se puso una cama junto al piano. Si la señora y el señor quieren echarle una ojeada, no hay á su lado más que una hermana de la Caridad y el médico de Lyon que acompañaba al Sr. Jacquand en el lance.

Antonino por toda contestación pronunció el nombre de Hurpar.

— Precisamente, dijo el posadero, y ese doctor Hurpar debe ser muy amigo de la familia, porque acaba de alquilar dos habitaciones en Pompadour, una para él y otra para el padre del herido, que va á venir.

La pequeña *Cenicienta* cambió de color.

— ¿El padre? ¿El padre va á llegar?

— Dentro de dos horas estará aquí.

Y al hacer esta afirmación, el hombre abrió majestuosamente la puerta de su salón de quinientos cubiertos.

Profunda era la impresión que producía aquella inmensa pieza de cerradas persianas. En un lado estaban amontonadas mesas, banquetas y artesonados blancos y dorados, decoración habitual de las fiestas vulgares, y en el otro se veía una cama ensangrentada entre un biombo y el piano, cuya cubierta estaba llena de algodones y de frascos. Aproximándose al lecho, se distinguía en la penumbra una frente pálida, unos párpados pesados y relucientes por el sudor de un sueño febril y marcando la línea de una barba joven y sedosa, dos labios trémulos y entreabiertos que se agitaban delirando muy bajo y sin cesar. El médico dormitaba en el respaldo de una silla y una hermana de San Vicente de Paúl atendía al enfermo, agitando dulcemente al moverse las alas de su blanca toca y las cuentas de su enorme rosario.

Al ruido que produjeron al abrirse la puerta los cuchicheos de las personas que acababan de entrar en la estancia, el médico levantó la cabeza, y en cuanto vió la fina silueta de la joven, se estremeció como si la conociese y salió prontamente á su encuentro diciéndole:

— La señorita Eudeline, ¿no es verdad?

La mirada del médico era de bondad y su voz indicaba claramente la simpatía. Dina, para no romper á llorar, respondió con un movimiento de cabeza.

El médico continuó:

— Está vivo, señorita, está vivo; pero desde las nueve de la mañana, cuando cayó aquí mismo — y enseñaba la mancha sombría empapada en el suelo — no ha recobrado el conocimiento. Ni un movimiento, ni una mirada. Acaso si usted tratara de hacerse comprender... Sé lo que usted era para él. Anoche, á última hora, cuando salí de su cuarto, estaba escribiendo á usted, sin duda un adiós para el caso de alguna desgracia. No envió la carta; se lo había impedido alguna superstición, de la que los lioneses estamos llenos.

La joven dejó hablar solo al doctor, se aproximó temblorosa á la cama, cogió de la sábana una larga mano inerte y pálida, que relucía, que abrasaba, é inclinada sobre la cara del herido, dijo muy bajo y casi tocándole con sus labios:

— Claudio, soy yo... Estoy aquí, apoyada en su corazón de usted... ¡Abra, por Dios, los ojos y responde á su amiga!

(Continuará)

CARTELES ARTÍSTICOS

Pablo Berthon, discípulo de Grasset, siguió las huellas de su maestro en los dos carteles que compuso, uno para Liana de Pougy, bailarina que trabajaba en París en Folies Bergere, y otro para el *Salón de los ciento*; sin embargo, es de observar que tomando el artista por modelo el estilo de aquél, se emancipa de su influencia en lo que se refiere á los colores, pues prefiere el azul, el verde y el amarillo y evita el encarnado, resultando de la aplicación de los mismos una armonía de colorido tan original como interesante.



Cartel anunciador del teatro Folies Bergere, de París, original de Pablo Berthon

En otro de sus carteles, el de pequeño tamaño que ejecutó como anuncio del periódico ilustrado *L'Ermitage*, muéstrase Berthon partidario del elemento decorativo, pero al mismo tiempo se aparta del estilo que recuerda la pintura de cristales. Este cartelista, al igual que Grasset, cuida ante todo del arte ornamental, y como él hace gala de una fecundidad y variedad extraordinarias en la aplicación del mismo y prueba en todas sus obras haber hecho un estudio minucioso del reino vegetal.

En el número 844 nos ocupamos del celebrado cartelista Mucha: hoy, con motivo de la publicación del cartel que reproducimos en esta página, ampliaremos las noticias que entonces dimos referentes á este pintor y á algunas de sus obras.

Su cartel representando á Sarah Bernhardt en el

papel de *Gismonda* no es, por la claridad de su colorido y por el empleo del oro, de los que mayor efecto han de producir vistos á cierta distancia; además, el número de piedras que en él entran resulta excesivo; pero al lado de estos relativos defectos tiene aquella obra grandes cualidades, no siendo la menos digna de mencionarse la de que nunca la famosa actriz apareció retratada como en ella con tanta majestad y de una manera tan encantadora. El cartel, como retrato, es una obra de arte que en cualquier sitio colocada será siempre valioso adorno. Por otra parte, no en todos los carteles es condición indispensable que produzcan

efecto desde lejos: si un anuncio llama la atención de los que pasan á algunos metros de distancia, y el de *Gismonda* lo produce de un lado á otro de una ancha calle, los transeuntes se aproximarán seguramente á él para examinarlo más despacio, y si en este examen no sólo se afirma sino que se robustece la impresión primera, la obra ha cumplido positivamente el objeto para el cual se ejecutara.

Ninguna de las otras creaciones de Mucha ha superado el efecto que causó aquélla, tratada por un procedimiento que recuerda la técnica del mosaico y de la pintura al fresco; pero en cambio ha producido algunas más que nos presentan su personalidad bajo aspectos muy variados. Su citado cartel le dió á conocer de repente en París como artista notable, y Sarah Bernhardt siguió prefiriéndole á todos los demás cartelistas. De igual forma prolongada que el de *Gismonda* es el cartel que representa á la actriz ilustre en *La dama de las camelias*: en él aparece la figura de Sarah de perfil, mirando hacia la derecha, de pie, apoyada en una baranda y envuelta en elegante traje que cae formando artísticos pliegues; en su cabello castaño rojizo destaca una camelia blanca; el color de carne de su cara presenta algunas sombras de un tinte lila; la valona de armiño está pintada en tonos suaves; á sus pies una mano sostiene una rama de camelias cuyas blancas flores resaltan entre las verdes hojas; los perfiles son de un verde agrisado; la inscripción está trazada con caracteres de plata y rojos, y el fondo, de un matiz lila, ostenta una porción de plateadas estrellas. El conjunto de esta obra es altamente artístico y denota en su autor un exquisito gusto; la actitud de la actriz, la delicadeza de su perfil, la finura del colorido, todo contribuye á producir una impresión en extremo agradable. Quizás falta en el cartel un poco de vida y los colores son algo demasiado suaves, pareciéndose á los colores de la moda moderna que de continuo inventa nuevos matices; pero estos defectos en poco ó en nada amenugan la innegable belleza que la obra en conjunto ofrece.

Su cartel para las representaciones de la comedia de Alfredo de Musset *Lorenzaccio*, dió en 1896 ocasión á Mucha para retratar á Sarah Bernhardt en traje de hombre, de la época del Renacimiento. En esta obra, además del oro y del encarnado, constituyen los colores armónicos el morado oscuro y el verde. La figura de este cartel adolece del defecto de cierta afectación.

Sólo una vez se apartó Mucha de la gama de colores que siempre ha empleado, á saber, en el cartel para la tantas veces citada actriz en *La Samaritana*, á lo cual le llevó seguramente el carácter del papel que aquélla representaba en esta obra.

Además ha pintado Mucha en un cartel pequeño el busto de Sarah, de estilo bizantino, rodeada de un nimbo de oro, con el cabello artísticamente rizado y destacando sobre un fondo de color lila con estrellas doradas.

Para la vigésima exposición del *Salón de los ciento* pintó Mucha una mujer sentada, desnuda de cuerpo, de poblada cabellera de oro dispuesta con mucho arte, pues esta es la principal especialidad de

este artista: lo que más cautiva en esta composición, aparte de las cualidades generales de la figura, es el delicado color de carne de la cara, del pecho y de las manos, no ofreciendo menos encantos el fondo



Anuncio del drama *La Dama de las camelias*, en el teatro de la Renaissance, de París, original de Víctor Mucha

gris y encarnado, los contornos verdes parduscos y el cuidado exquisito con que todo el trabajo está ejecutado.

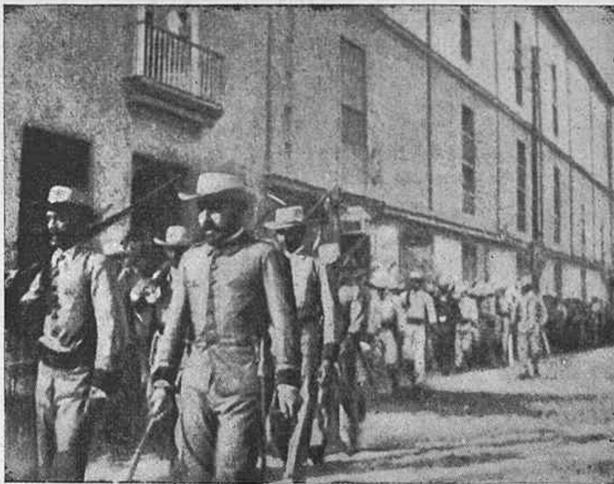
Los ojos medio cerrados, la boca entreabierta, la actitud de dejadez, prestan á esa figura una suavidad, un abandono y una languidez que hablan directamente á los sentidos. Mayores pureza y seriedad se observan en su trabajo para el calendario de la revista mensual *La Plume*, pintado con los mismos delicados colores: representa un busto de mujer; la cabeza, rodeada de un nimbo y de las figuras del Zodíaco, el noble perfil, los cabellos artísticamente dispuestos, la ejecución limpia, todo produce una impresión gratísima.

Mucha se ha dedicado también á los *panneaux* decorativos: sus *Cuatro estaciones*, cada una de ellas representada por una joven idealmente vestida y en medio de un paisaje apropiado, son de gran riqueza de colorido, aunque algo afeminadas. Asimismo se ha distinguido como dibujante é ilustrador: las 120 litografías que ilustran la leyenda «*Ilsea*, princesa de Tripoli» expresan perfectamente el lirismo y el misticismo de aquella época romántica y son una brillante muestra del grado de esplendor á que ha llegado en su renacimiento la litografía aplicada á la ilustración del libro. — A.

LOS VOLUNTARIOS DE LA HABANA

El cuerpo de voluntarios de la capital de la isla de Cuba, institución única en su género, constituye una prueba elocuente de lo que es y de lo que significa el espíritu patriótico de los españoles de aquella hermosa Antilla. Al contrario de lo que por regla general son esas milicias, cuyos servicios suelen ser comúnmente más nominales que efectivos, los voluntarios de la Habana han demostrado en muchísimas ocasiones que no les movió al organizarse el deseo de lucir en revistas y paradas uniformes más ó menos vistosos, sino que se constituyeron en fuerza armada para ponerse incondicionalmente á las órdenes de las autoridades militares de la isla y para derramar, cuando fuese preciso, su sangre en defensa de la patria.

Y no se crea, por los que tal institución no conocen, que ese cuerpo está formado por aventureros ó gente sin significación alguna en la vida



ISLA DE CUBA. - Una compañía de voluntarios de la Habana

social de aquella ciudad; nada de esto: cuanto en la Habana representa altos intereses morales y materiales, cuantas actividades poderosas se desarrollan allí en las distintas ramas del saber y de la labor humanos, todos los elementos más valiosos de las artes, de las letras, del comercio y de la industria forman parte del cuerpo de voluntarios, en el cual preside un riguroso criterio de selección y reina una organización y una disciplina admirables.

Atentos únicamente á la voz del patriotismo, todo lo sacrifican cuando del interés ó de la honra de España se trata; sólo el amor á ésta les guía, y en los días de prueba que hemos pasado y en los más difíciles todavía que tal vez nos reserva el porvenir los españoles peninsulares podemos tener la seguridad de que nuestros hermanos como han defendido hasta ahora seguirán defendiendo nuestra gloriosa bandera y sabrán luchar y si es preciso morir como héroes por el honor de la patria. - X.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
DE LAS DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los MEDICOS.

DOS FÓRMULAS:

I - CARNE - QUINA

En los casos de Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos Febriles é Influenza.

II - CARNE-QUINA-HIERRO

En los casos de Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Fiebres de las colonias y Malaria.

Estas dos fórmulas existen tambien bajo forma de Jarabes de un gusto exquisito é igualmente muy recomendadas por el mundo medical.

CH. FAVROT y Cia, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS, y en todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT

NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la

SALUD DE LAS SEÑORAS

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1873 1876 1878 1889
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
 VINO de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

PILDORAS Y JARABE
 de
BLANCARD
 con Ioduro de Hierro inalterable
 CONTRA
 la Anemia, la Pobreza de la Sangre,
 la Opilacion, la Escrófula, etc.
 Exíjase el Producto verdadero con la
 firma BLANCARD y las señas
 40, Rue Bonaparte, en Paris.
 Precio: PILDORAS, 4 fr. y 2 fr. 25; JARABE, 3 fr.

FRASCO 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOGES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.
 B^{te} St-Denis, 48

GARGANTA
 VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
 Recomendadas contra los Males de la Garganta,
 Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la
 Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irrita-
 cion que produce el Tabaco, y especialmente
 á los S^{rs} PREDICADORES, ABOGADOS,
 PROFESORES y CANTORES para facilitar la
 emision de la voz. - PRECIO: 12 REALES.
 Exigir en el rotulo a firma
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS y NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos.
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estó-
 mago, Falta de Apetito, Digestiones labori-
 osas, Acidias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
 regularizan las Funciones del Estómago y
 de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO de ABISINIA EXIBARD
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura CATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRER y Cia, Pcos. 102, R. Richelieu, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

OBESIDAD
 tratada con éxito desde hace 30 años con las
PILDORAS DE REDUCCION DE MARIENBAD
 En las principales Farmacias
 del D^r SCHINDLER-BARNAY, consejero imperial
 Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT
 Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
 El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio, por los profesores
 Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
 año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
 de goma y de ababoles, conviene sobre todo á las personas delicadas, como
 mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno á su eficacia
 contra los RESFRIADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los MENSTRUOS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por
 todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores
 y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar
 la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de
 los intestinos.
JARABE
al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon,
 la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^{te}-Vito, insomnios, con-
 vulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas
 las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Expediciones: J.-P. LAROZE & Cia, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 Depurativo SIMPLE. Exclusivamente vegetal
 Prescrito por los Médicos en los casos de
ENFERMEDADES CONSTITUCIONALES
 Acritud de la Sangre, Herpetismo,
 Acre y Dermatitis.
 CH. FAVROT y Cia, Farmacéuticos, 102, Rue Richelieu, PARIS. Todas Farmacias de Francia y del Extranjero
 El Mismo con IODURO DE POTASIO
 Empleado como tratamiento complementario del ASMA,
 este medicamento es igualmente SOBERANO en los casos de
 Gota, Reumatismo crónico, Angina de Pecho, Enfermedades
 Especificas hereditarias ó accidentales, Escrófula y Tuberculosis.
 Folleto según los últimos trabajos de MÉDICOS ESPECIALES.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVOE, DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

EL GAS NATURAL

El descubrimiento de gas natural hecho en Waldron (Sussex) por M. Carlos Dawson, ha sido debido á una casualidad: estaba practicando dicho señor un pozo artesiano en busca de agua, cuando al llegar á una profundidad de 377 pies suspendióse la obra por haberse percibido un fuerte olor á gas. Aplicóse una luz al orificio del largo tubo, é inmediatamente prodújose una llama de 15 á 16 pies de alto, que ardió con gran violencia hasta que fué extinguida por medio de paños mojados que se arrojaron al referido tubo. Entonces se aplicó al extremo de éste una tapa de hierro con un agujero para dar salida al gas, y á pesar de los quince meses transcurridos desde que esto se hizo, el fluido no ha cesado de salir y no hay indicios de que se agote, calculándose que con la cantidad de gas que allí existe podría alumbrarse una ciudad. No puede calcularse si este gas natural acabará por desaparecer; pero teniendo en cuenta que en el largo período transcurrido el caudal no ha menguado, cabe suponer que se trata de un fenómeno permanente que permitirá la utilización de tan importante fluido para infinidad de aplicaciones prácticas muy ventajosas.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL EJÉRCITO ESPAÑOL. — El cuaderno 17 de esta notable publicación que con tanto éxito edita en esta ciudad D. Luis Tasso, contiene 16 bonitas autotipias que reproducen interesantes escenas de la vida militar, de las armas é institutos de Artillería montada, Administración Militar, Escuela superior de guerra, Carabineros y Guardia civil.

JOYAS POÉTICAS AMERICANAS. — Dada la índole de esta sección, es imposible hacer en ella ni siquiera un breve análisis de esta obra, ni aun enumerar los autores de las composiciones en él contenidas: por esta razón nos limitaremos á decir que el libro constituye una notable antología, en la cual figuran 225 inspiradas composiciones hábilmente escogidas por D. Carlos Romagosa, de los principales poetas argentinos, bolivianos, brasileños, centroamericanos, colombianos, cubanos, chilenos, ecuatorianos, mexicanos, norteamericanos, peruanos, portorriqueños, uruguayos y venezolanos. El libro se ha impreso en Córdoba (República Argentina) en la imprenta La Minerva.



Descubrimiento de gas natural en Waldron (Sussex, Inglaterra)

GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. 1898. — La Revista Jurídica de Cataluña ha publicado esta importante guía, que contiene las listas oficiales de los colegios de procuradores, abogados y escribanos, de los magistrados, jueces, fiscales, secretarios de Sala, etc., de Barcelona y su Audiencia y del personal de las distintas jurisdicciones especiales y las demarcaciones de los Juzgados de primera instancia, instrucción y municipales de esta capital y de los Registros de la propiedad de la misma y del Norte.

DIÁLOGOS, por Emilio Fernández Vaamonde. — Siete son las composiciones poéticas que con el título de Diálogos ha reunido en este libro el conocido poeta Sr. Fernández Vaamonde; si el nombre del autor no fuese ya bastante garantía de la bondad de las mismas, bastaría leer cualquiera de ellas para comprender que quien las escribiera es no sólo un vate inspiradísimo sino un pensador profundo que sabe vestir con bellísimo ropaje los más elevados pensamientos. El libro, editado en Madrid por Fernando F., se vende á dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Peruano, boletín oficial de la República del Perú; Monitor del Ahorro, revista mensual, órgano de la Sociedad «El Crédito general Español»; El Loro, semanario madrileño de sátira, crítica, literatura y espectáculos; La República, semanario de política, literatura y variedades de Tunja (Colombia); Revista Nacional, publicación literaria mensual de Bogotá (Colombia); El Seguro, boletín de la Sociedad de seguros mutuos Austria Hungría, domiciliada en Madrid; La Alhambra, revista quincenal de Arte y Letras que se publica en Granada; El Urbión, revista religiosa que se publica en Soria; El Río de la Plata, semanario ilustrado de Buenos Aires, órgano de la Asociación Patriótica Española; Boletín Oficial del Instituto Americano de Adrogue (República Argentina), publicación mensual; La Avicultura práctica, boletín mensual ilustrado, órgano oficial de la Real Escuela de Avicultura de Arenys de Mar; Revista Contemporánea, revista quincenal madrileña de Ciencia, Letras, Ingeniería y Arte Militar; La industria papelera, que se publica tres veces al mes en Tolosa (Guipúzcoa); Feria-Concurso Agrícola, órgano oficial del Comité ejecutivo de la feria-concurso próxima á celebrarse en Barcelona; La caza ilustrada, revista decenal de caza y pesca que se publica en Madrid.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FRANK DELABARRE DEL DR. DELABARRE

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANK
Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones (curados ó prevenidos). (Róculo adjunto en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY
Y en todas las Farmacias.

SIMIENTE DE LINO TARIN
Preparado especial para combatir con suceso
Los Estreñimientos, Colicos, Bochornos y las Enfermedades del Hígado y de la Vejiga (Exigir la marca de «la Mujer de 3 piernas».)
Una cucharada por la mañana y otra por la noche en la cuarta parte de un vaso de agua ó de leche
La Cajita: 1 fr. 30

POMADA FONTAINE
Son sus efectos admirables contra el Sarpullido, Eozema, los Sabañones, las Almorranas, los Barros de la cara, la Inflamación de los párpados, Caspa y Caída del pelo. — Fricciones ligeras por la noche.
El Boto: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

JABON FONTAINE Excelente auxiliar de la POMADA FONTAINE
La Bola: 2 fr.; franco, 2 fr. 15 en sellos de correo.

TARIN, Farmacéutico de 1ª Clase, ex-interno de los Hospitales
PARIS. — 9, place de Petits-Pères, 9, y todas las farmacias

PANCREATINA DEFRESNE
POLVO PILDORAS
Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso el más completo
Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.
La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
En todas las buenas Farmacias de España.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DE DEHAUT** DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el causante que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentación empleada, uno se decide fácilmente á volver á empesar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPRESIONES DE LOS MENSTRUOS
FR. BRIANT 150 R. RIVOLI
PARIS
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 AÑOS de éxito.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc.
Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN
Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica.
Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Agua Léchelle
HEMOSTÁTICA. — Se receta contra los fujos, la clorosis, la anemia, el apocamiento, las enfermedades del pecho y de los intestinos, los espantos de sangre, los catarros, la disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. El doctor HEURTELOUP, médico de los hospitales de París, ha comprobado las propiedades curativas del Agua de Léchelle en varios casos de fujos uterinos y hemorragias en la hemotisis tuberculosa.
DEPÓSITO GENERAL: Rue St-Honoré, 165, en París.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Depósito en todas las Farmacias
PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN